Imp Sáez Hermanos.
Norte, 21. — Madrid.

6353

PEDRO MUÑOZ SECA y PEDRO PEREZ FERNANDEZ

Lolita Tenorio

COMEDIA

en dos actos y en prosa, original

Copyright, by P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández, 1916

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1916

LOLITA TENORIO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOLITA TENORIO

COMEDIA

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA y PEDRO PEREZ FERNANDEZ

Estrenada en el TEATRO INFANTA ISABEL el sábado 19 de Febrero de 1916

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.
TELÉFONO, NÚMERO 551
1916

Al simpatiquísimo y eminente doctor don José María de Otaola, sus admiradores,

Pedro Muñoz Seca

y Pedro Pérez Fernández.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LOLITA TENORIO	Srta. Palou.
LA TÍA SEMILLITAS	Sra. Siria.
CARDITO	Srta. Robles (C.)
MARÍA SUSPIROS	Sra. Camarero.
PURITA	Srta. Alfonso.
REFUGIO	Rodríguez.
MUJER 1.ª	Dueñas.
IDEM 2.ª	López Sala.
IDEM 3.ª	Bayo.
DON GABRIEL	Sr. La Riva.
JULIÁN	Hernández
EL PADRE PAJARITO	Vilches.
ALCOLEA	Leyva.
DON ROSENDO	Vilches.
FRASCO	Díaz Adame.
AVEFRIA	Agudín.
CASCAJO	Palou.
DAMIÁN	Codina.
JUANILLO	Povedano.
DON NATALIO	Aláiz.
EL DEÁN	Infiesta.
JOSELÓN	Figueras.
ARMIDONCITO	López.
EL GUARDA	Gil.
GAÑÁN 1.º	Cortés.
IDEM 2.º	Laredo.

Gañanas, gañanes, gente del cortijo, etc.

ACTO PRIMERO

Despacho lujosamente amueblado. Una puerta en el lateral derecho, dos en el izquierdo y un amplio ventanal en el fondo izquierda. La acción en Sevilla, un día de Otoño a la caída de la tarde. Epoca actual. Estamos en una de las espléndidas habitaciones del palacio de Casa-Tenorio, que guarda entre sus muebles objetos de preciado valor artístico y antiguo. Este despacho, es regio; es una página de la brillante historia de los Tenorio Allí, un sillón que quizás se vió honrado con las impecables posaderas de reyes y príncipes, de obispos y generales. Allí, una lámpara que fué de aceite—y ha sido ultrajada por las bombillas eléctricas,—a cuya antigua y pálida luz se fraguaron quizás los más altos y descabellados planes en honor y favor del muy católico y legítimo Rey don Carlos. Allí una alfombra jamás hollada por villanas plantas; allá, sobre un mueble macizo y aduato, un airoso velón testigo de más de una requisa medrosa en tiempos de Calomarde, allí, en fin, decorando sus paredes, los retratos de los orondos y satisfechos Tenorio, príncipes de la Iglesia y abades de conventos, y los pálidos y nerviosos y avinagrados de los capitanes y guerrilleros que dieron brillo y nobleza, y supieron añadir un cuartel al escudo del primer Tenorio, leal servidor, amparador y humilde súbdito del Rey,

—

(Al levantarse el telón, DON GABRIEL TENORIO, jefe de los últimos tradicionalistas de Sevilla, sentado comodísimamente ante el alegre ventanal, platica con el Reverendo Padre Fray Antonio, DEÁN de la Catedral magníficamente vestido de gran gala, y su Familiar, joven curita que permanece de pie respetuoso.)

Gab. Y en fin, dígale, Reverendo Padre, a nuestro

C72039

señor el Arzobispo, que un día de estos iré a besarle su santo anillo.

Deán Aquella casa, don Gabriel, tiene siempre abiertas sus puertas para el más católico y bondadoso de los Tenorio.

Gab. Acepto esos títulos porque son el único timbre de gloria que puedo dar al noble escudo de mis antepasados.

Deán No diga eso, don Gabriel, por Dios y su Santa Madre, no diga eso el jefe de los tradicionalistas...

Gab. ¡Ay, señor Deán, mal anda eso también!

Deán (Curioso.) ¿Es verdad?

Gab. Ay... ¡Y tan verdad! Yo no sirvo para jefe. ¡Señor! Todo el mundo empeñado en que sea algo, y yo... yo, no, Dios, mandándome siempre que no sea nadie... Y es mi carácter; digo mal, mi falta de carácter; mi absoluta falta de voluntad. Yo nací para la Iglesia; créame, señor; yo equivoqué la carrera. ¿Cómo fuí alférez? No lo sé. ¿Cómo soy general?... Dios habrá querido que a mi muerte figure mi retrato al lado de ese buen señor mi pariente, capitán de los Tercios, que antes de Flandes, en Flandes y después de Flandes, hizo lo que quiso de nuestro árbol genealógico. (Por los retratos de la pared.) Pero yo debo figurar con nuestro noble y cristianísimo Abad, o con nuestro eminente Arzobispo, porque nunca me sentaron a maravilla los bigotes reglamentarios, y ya ve que en cuanto el Rey se sirvió concederme el retiro, me rasuré, y más parezco fraile que guerrero; bien es verdad, que más que guerrero siempre fraile fuí.

Deán Tiene razón. Pues con su licencia, Marqués, me retiro. Gracias por su limosua... y...

Gab. No hablemos de eso. (Indicándole el camino.) Por aquí, por aquí... (El Deán le invita a salir primero.) De ninguna manera, señor. (Al Familiar, que le deja el paso libre.) Gracias, Padre. (Vanse por la derecha.)

(Aparecen por la izquierda JUANILLO y DAMIAN. Juanillo, criado de la casa, vestido de negro con guantes blancos, trae en la mano un sombrero envuelto en papel de seda que colocará sobre un «vis a vis», y Da-

mián, Sacristán de la Catedral, es hombre de cuarenta años, que si no se le oye hablar, a juzgar por su aspecto, más parece un picador de toros. Viste pantalón negro, americana y chaleco de un colorcito café con leche, más leche que café, y unas botitas de botones muy chulonas y puntiagudas con la puntera negra, la pala blanca y la caña roja.)

Jua. Paze usté.

Dam. ¿Se fué?

Jua. ¡Por poco parmamos ahí dentro!

Dam. Nos cogió tan de repente la visita...

Jua. Y que cuando llega un señor de estos, hay visita pa rato.

Dam. Si me llega a vé me escomurga.

Jua. Sí que es usté un sacristán espesiá, compañero.

(Entra DON GABRIEL.)

Gab. ¡Hola, buena gente!

Jua. ¡Y óle! Aquí tiene usted el sombrero compuesto, que acaban de traerlo de la sombrerería. (Lo deja sobre ei «vis a vis».)

Gab. (A Juanillo.) Anda, anda; puedes marcharte. (Juanillo hace medio mutis.) ¡Juanillo!

Jua. ¡Y óle!

Gab. Mira; en cuanto llegue mi sobrina, que pase.

Gab. Anda con Dios. (Juanillo hace medio mutis.) ¡Juanillo!

Jua. Pasará en cuanto llegue; pierda usté cuidao.

Jua. ¿Eh?

Gab. ¡Y óle, hombre!

Jua. ¡Óle!

Gab. Que te ibas sin decir el último ¡y óle!

Jua. Ha tenío usté gracia. ¡Y óle! (Hace mutis muy jacarandoso, por la puerta de la derecha.—Todos los «¡y óle!» de Juanillo, alegres, vibrantes y cascabeleros, van seguidos de una risita «especial» y característica.)

Gab. ¡Es mucho Juanillo! ¿De qué se ríe el primer sacristán de la Catedral?

Dam. (Riendo.) Me río, porque pa mí que fué este el que se confesó con el Deán el sábado pasao. ¿No se enteró usté? ¡Pues sí se armó un joyín de risa en la Sacristía!...

Gab. ¿Qué fué ello?

Dam. Ná, que llegó el Deán, ahogao, disiendo que había confesao pa el cumplimiento de Iglesia a un chavó, y que al decirle que resara

en penitensia quinse sarves, va y le contesta... ¡Y óle!

Gab. (Riendo.) El fué, no hay duda; si hasta dando un pésame largó un ¡y óle! el otro día.

Dam. (Desabrochándose un botón de la bota derecha.) Con su permiso. Estoy fastidiao con estas botitas, porque me las han hecho tan ceñías, que si tuviera yo la caña der pie hueca, s'había cascao.

Gab. Sí, hombre, no faltaría más.

Dam. (Respirando satisfecho.) ¡Chavó! Muy pintureras son las botitas, pero es llevá er sol de Agosto en cá pie.

Gab. Hay que sufrir cochura por hermosura; y como te da por pintarla...

Dam. No es que me dé por pintarla, don Gabrié, es que uno es sacristán y con los sacristanes se ha metío siempre to el mundo; que si así, que si asao, que si la sotana, que si el pasito corto... usté me entiende. Y yo me he dicho: ea, pues yo soy sacristán, pero me quito la sotana y...

Gab. Y... Cúchares.

Dam. (Riendo.) Lo grasiosísima que estuvo su sobrina de usté, tras de antié. Iba yo estrenando este calzalto, y va y me dice en mitá del patio de los naranjos: Damián, ¿pica usté el domingo? (Rie.) ¡Lo ocurrensiosa que es! La verdá es que tiene usté una sobrina, guapa, guapa, guapa, Dios la bendiga: y con un corasón que es un cimborrio de grande; y con un genio...

Gab. Eso del genio, Damiancillo...

Dam. De cascabeles que es por dentro: eso no se pué remediá, don Gabrié.

Gab. Sí, alegrilla, muy alegrilla; pero si tuviera más... vamos, menos... Porque tiene.. es decir, no tiene... Tú me comprendes, Damián.

Dam. Sí, señó; sé por dónde va usté: en punto a juicio... puede la señorita Lola vendé el suyo en dos reales y hase negosio. Bueno, tiene a quien salí, porque de su hermano de usté, don Gumersindo, sin que esto sea ofenderlo, se cuentan cosas que se las traen.

Gab. Sí: es también muy ocurrencioso, como tú

dices. El haberse marchado de Embajador a Berlín, dejándome la dirección de sus negocios y el cuidado de su hija, ha sido la más donosa de sus ocurrencias. ¡Estamos frescos!

Dam. Y que el campo dará que hacer: porque con esto de que no llueve...

Gab. Más me preocupa a mí Lolita, que el campo. Por eso te he llamado, porque... tú que te enteras de todo y estás al tanto de lo que se cuenta y de lo que se murmura, puedes decirme con absoluta franqueza, sin omitir chismorreo ni comentario, qué se dice por ahí de mi sobrina. Lo que se cuenta de ¡Lolita Tenorio!

Dam. ¡Don Gabrié, deje usté eso quieto!

Gab. ¿Eh?

Dam. Digo, que cierre usté esa puerta.

Gab. ¡Cómo! ¿Es tan grave?...

Dam. Vamos, entiéndame usté; que hablemos de otra cosa.

Gab. ¡Hola! No quieres..

Dam. No por ná; sino porque yo no he oído de Lolita Tenorio, digo, usté dispense, de la señorita Lola, más que alabanzas: eso es: y no hay razón para otra cosa.

Gab. No eres franco, Damián. Yo sé, me consta, que su nombre anda en lenguas, que se critican sus actos, que se comentan sus frases...

Dam. La gente busca siempre algo de qué hablá, don Gabrié, y aquí que nunca ocurre na, más todavía. Ven que la señorita monta a caballo y derriba reses y fuma sigarrillos de esos dergaítos y le hace ¡fú! a tós los malajes que se le declaran, y ¿pa qué más? hinchan el globo, y lo que es así... lo abultan así... y ruede la bola. Eso es to: envidia, despecho y música.

Gab. Sí, sí; pero...

Dam. Pero que na, don Gabrié: tiene usté demasiao mundo pa que le preocupe er ladrío de un perro. Mientras Lolita Tenorio, digo, la señorita Lola, no haga más que lo que hace, que no es na malo, déjelos usté que digan lo que quieran.

Gab. ¡Es que la calumnia!...

Dam. Ya sabe usté lo que sobre el particulá de la calunia disen Santo Tomás de Aquino y San Agustín.

Gab. Sí, Damiancillo, sí; estamos conformes; pero es el caso...

Dam. Y oiga usté ahora lo que digo yo, que digo más que los dos.

Sab. ¡Hombre!

Dam. La calunia, cuando no hay fundamento, es como el agua de Colonia, es desí, no, señó; es como un deo.

Gab. ¿Eh?

Dam. A vé si yo me explico. Usté mete un deo, que es la persona, en agua de Colonia, que es la calunia; si tiene usté en er deo una hería, ve toas las estrellas; pero si tiene usté er deo sano, lejo de sentí doló ni escosores, saca usté el deo limpio y oliendo a gloria, ¿no es eso verdá? Pos ya puén sambullí a Lola Tenorio en un baño de agua de Colonia, que sardrá riyéndose, sin sentí doló y dejando en er baño más esensia de la que había; y esto lo firma Damián González Carretero.

Gab. Gracias, Damiancillo, gracias.

Jua. (Por la puerta de la derecha.) ¡Y óle!

Gab. ¿Quién? ¡Ah! Pasa.

Jua. ¿A que no se carcula usté quién está en er resibimiento aguardando su venia?

Gab. Hombre, no imagino... ¿Es la flamenca del otro día? (A Damián.) Cosas de... mi hermano, Damián.

Jua. Don Rosendo el arministradó.

Gab. ¡Cristo de mi vida! ¡Pobre hombre! Es el colmo de la mala estrella. Ya con hoy son tres los días que viene a cobrar su paga del mes y como es tan corto y habla así... a mí me azora, concluye por aturdirse y se me va sin cobrar, porque se me olvida pagarle. ¡Es que se me olvida! No quiera Dios que al pobre le pase hoy lo mismo. Voy por sus cincuenta duros, que en justicia de Dios son suyos. (A Juanillo.) Dile que pase y que me espere.

Dam. Bueno, don Gabrié, ¿usté me manda arguna cosa?

Gab. Nada, Damián, muchas gracias. ¿Te vas?

Dam. Sí, señó; voy a la obligación.

Gab. Pues hasta luego.

Dam. Hasta luego.

Gab. (Haciendo mutis por la izquierda.) Lo que es hoy se lleva sus cincuenta duros. (Vase.)

Dam. (Viéndole marchar.) ¿Es argo bueno ese hombre?

Jua. ¡Como pa echarle insienso!

Dam. (Tomando su sombrero.) Oiga usté, amigo.

Jua. ¡Y óle!

Dam. Disimule usté la curiosidá; ¿cumplió usté con la iglesia er sábado pasao?

Jua. Sí, señó; yo cumplo con tó er mundo.

Dam. ¡Y óle!

Jua. ¡Óle!

Dam. (Saludando muy zacaranduoso.) ¡Salú!

Jua. Vayasté con Dió.

Dam. (Haciendo mutis por la derecha.) (Es un mozo... de estoque.) (Vase.)

Jua. (Por Damián.) ¡Vaya un sacristán! Hasta cuando coge la cañita pa ensendé y arreglá er pábilo, parese que le está untando saliva a las banderillas. (A voces, desde la puerta de la derecha.) ¡Que pase usté, don Rosendo!

Ros. (Desde dentro.) Con tu permiso, hijo. (Entra DON ROSENDO, vulgarísimo tipo de administrador de fincas rústicas. Muy corto de genio y muy cumplimentero. Al entrar se le cae a Juanillo un guante y él se agacha y se lo recoge, y además le da las gracias.) ¡Muchas gracias!

Jua. ¡Y óle!

Ros. ¿Tardará en salir mi señor don Gabriel?

Jua. Ya está aquí. (Don Rosendo se descompone, se quita el sombrero que traía puesto y hace una genuflexión.) Quiero desí que no tarda un credo.

Ros. Creí que... (Vuelve a ponerse el sombrero, que no se quita hasta que se indique.) Como uno tiene que estar siempre... y ya hace tres días que... pues vuelvo hoy a ver si... porque son diez, ¡diez! mi mujer y nueve hijos; diez.

Jua. Hombre, ¿usté no se cuenta?

Ros. Yo, hijo, llevo a los diez sobre el costillar; para mí son siempre diez: el caso es tapar las diez bocas.

Jua. ¡Atiza!

Ros. ¿Estará ocupado don Gabriel?

Jua. No, señor; ahora saldrá.

Ros. Juanillo, no lo puedo remediar; me tiemblan las carnes cuando veo salir por esa puerta a don Gabriel. ¿Quieres creer que hace tres días que vengo a cobrar y me voy tan limpio como entro?

Jua. Ya estoy en er toque, sí, señó; pero hoy cobra usté. Presisamente ha dío por el dinero.

Ros. Dios se lo pague: pero yo no se lo pido. Y eso que me hace más falta que el comer, es decir, me hace falta para comer. ¡Qué tres días más amargos, Juanillo!

Jua. ¡Y óle! A usté le ahorcan por equivocasión er mejón día y se calla.

Ros. Si el que me ahorca es don Gabriel, seguramente. Es un hombre que me impone, me azora, me aturde, me...

Jua. Ea; ahí se queda usté, don Rosendo. Hasta luego. (Vase.)

Ros. Adiós, hijo. (Queda don Rosendo solo, paseando nerviosísimo.) Ya empiezan a temblarme las piernas... (Tragando saliva.) ¡El nudo en la garganta! (Se ve en un espejo y se quita rápidamente el sombrero, saludando.) ¡Para servir!... (Conociendo rápidamente su error, dando una vuelta rápida y atizándole fuertes papirotezos a su sombrero.) Era yo mismo. ¡Ya está! ¡Ya estoy hecho un adoquín! ¡Ya, ya! (Sin dejar de darle porrazos al sombrero.) Ahora cachetitos nerviosos al sombrero hasta que se le abra un boquete. (Tropieza con una silla y la deja caer. Al suspenderla se queda con un palito de la silla en la mano. Tose dentro don Gabriel. Don Rosendo no sabe qué hacer con el palillo de la silla; por fin decide guardarlo en el bolsillo interior de su americana, mientras dice:) ¡El!... ¡El!... ¡El!... ¡Mi última hora!

Gab. (Saliendo.) Este hombre me azora, me aturde...

Ros. (Haciéndose el distraído.) Nada, que me aturde, que me azora...

Gab. (Avanzando.) ¡Don Rosendo!

Ros. (Poniéndose rápidamente el sombrero.) Bien, ¿y usted? Muchas gracias.

Gab. Tome usted asiento, don Rosendo.

Ros. (Sentándose inmediatamente.) Usted primero, don Gabriel. (Y se sienta sobre la silla donde está el

sombrero de don Gabriel, dejándolo hecho un higo.) ¡Fatal!... ¡Fatal!... ¡Fatal!... (Disimula como si nada hubiera hecho.)

Gab. Usted dirá, amigo don Rosendo.

Ros. De ninguna manera, usted primero.

Gab. (Después de una embarazosa pausa.) Pues nada, amigo mío, que no llueve.

Ros. Mal año: no llueve.

Gab. Vamos a tener sequía.

Ros. La tenemos ya.

Gab. ¿Eh? ¿Se quejan ya en el cortijo?

Ros. (Dandose un porrazo en la cabeza, es decir, en el sombrero que tiene puesto.) Bruto de mí que no tenía otra cosa en la cabeza. Es decir, sí que tenía otra cosa, ¡animal!... (Se quita el sombrero.) Usted me dispense.

Gab. ¡Virgen de los Reyes, por mí no se quite usted el sombrero, don Rosendo!

Ros. No, si es que lo he abollado y... sentiría estropearlo.

Gab. ¡Bah! ¡Siendo bueno el fieltro, no hay que apurarse. El mío tenía una abolladura tremenda y no se le conoce. Traiga, no se moleste. (Coge el sombrero de don Rosendo y lo pone sobre la mesa.)

Ros. (Ya te lo dirán de misas.) Pues sí, se han quejado los del cortijo de «Los Pinares». He recibido esta cartita. (Se dispone a entregársela; pero comprende que al levantarse se descubriría lo del sombrero y se limita a alargar el brazo con la carta.)

Gab. Hágame usted la merced de leérmela.

Ros. De ninguna manera: usted primero; digo, con mucho gusto. (Desdobla la carta.) Dice así: (Leyendo:) «Inapreciable don Rosendo:» (Dejando de leer.) Estos que escriben son los caseros de «Los Pinares»; buena gente; él es algo bruto, pero no carece de cierta ilustración natural.

Gab. ¡Ya! Adelante.

Ros. Usté lo tiene. Usté primero. Usté es muy dueño (Leyendo:) «Inapreciable don Rosendo: La presente esquela tiene por misión el objeto de decirle que en vista de la sequía, emasiado güeno que sargamos sarvando la poca epidermis que nos quea; don Rosendo,

este cortijo es una anarquida. Don Rosendo aquí la mardita jambre hace estragos y los gañanes, imbuyidos por la tía Semiyitas, que comurga con ideas malinas y no cree ni en el juisio finá, ni en el milagro de las siete vacas y las siete espigas, arrempujan p'alante, me se suben a las barbas y como el pan escaseda, l'han tomao con er casero, su servió, y con la casera, aquí presente su serviora, que l'han puesto er tronco superió der cuerpo asín, y las mollas der brazo asín, y una roiya asín, y la geta asín. Don Rosendo, la defensa de la existencia de sí propio es un derecho naturá de uno: así es que, aunque sea una estorsión pa los señoritos, pues que nos largamos de aquí jechando jumo y nos vamos a Sevilla hoy mismo a viví a despensa de su cuñao munisipá que tenemos en el Barativo, y se lo digo pa que busque otro casero. Usté carcule, don Rosendo. Sus serviores, Frasquito Ramos y María Jozú Ruí.»

Gab. (Aterrado.) ¡Don Rosendo!

Ros. (Más aterrado.) ¡Usté carcule!

Gab. ¡Virgen santa de los Reyes! ¡Y mi hermano en el extranjero! Y yo, pobre de mí, ¡qué sé de estas cosas! ¿Qué hacemos?

Ros. No hay que apurarse, no hay que apurarse. Yo digo... sí; que si las turbas incendian...

Gab. ¡Ave María Purísima!...

Ros. Y no hay allí... vamos... Usted resolverá...

Gab. ¡Madre mía!... Si usted quisiera ir y aplacar...

Ros. Tengo nueve, don Gabriel; y, vamos, eso de que por lo menos me pongan la jeta asín...

Gab. Perdone, perdone.

Ros. De nada.

Gab. Perdone. ¡Nueve! ¡Nueve hijos!

Ros. Una idea.

Gab. ¿Eh?

Ros. Vaya usted al cortijo. Pero con algún dinero...

Gab. Puesto que van a venir los caseros, oigámosle y procedamos después en consecuencia.

Ros. Muy acertado.

Gab. En la carta dicen que llegan hoy.

Ros. Cierto.

Gab. Pues corra usted a su casa, corra usted y que vengan aquí cuanto antes.

Ros. Tiene usted razón, voy no sea que... (Se levanta y cogiendo el sombrero lo oculta en la espalda.)

Gab. Sí; hay que oir lo que dicen.

Ros. Pierda usted cuidado que...

Gab. Aquí les aguardo y...

Ros. Sí; ya me figuro que... Y en cuanto sepa yo... porque es el caso... (Pretendiendo pedirle el dinero que se le debe.) en fin, ya... sólo espero ahora... que... (¡Quién le pide el dinero después de este desaguisado!) Hasta... hasta luego, don Gabriel.

Gab. Con mis afectos a la familia, don Rosendo.

Ros. (En el colmo de la admiración y lastimosamente.) ¡¡Nueve!! ¡¡Nueve!!... Y estamos a tres... (Medio mutis por la derecha llevándose el sombrero de don Gabriel.)

Gab. (Haciendo medio mutis por la izquierda.) ¡Pobre hombre, nueve! (Ofreciendo a don Rosendo su sombrero.) ¡El sombrero!

Ros. ¡Ah! ¿Cómo? ¡Ah! sí... Tengo nueve.

Gab. ¿Cómo nueve?

Ros. Nueve y... tres.

Gab. ¿Doce? ¡Oh! (Mutis por la izquierda.)

Ros. Sí; digo, no... Me he armado una sombrerería. (Mutis por la derecha. Queda un instante la escena desierta. Se oyen dentro grandes, estrepitosas carcajadas, entre las que sobresalen las de Lola y se escucha a Juanillo gritar entusiasmado.)

Jua. (Dentro.) ¡Y óle!... ¡Y óle!... ¡Y óle!... (Saliendo por la derecha.) ¡Y óle la alegría de Sevilla!... ¡Y óle!...

(Entran en escena tras JUANILLO, DON NATALIO, rico ganadero andaluz, vestido de corto, con ancho sombrero, barbaquejo y calzón corto con botones de plata; LOLA, con sombrero de ala ancha y barbaquejo, chaquetilla corta de alamares y coderas, falda corta y polainas. Calza sus buenas espuelas y trae al hombro una señora garrocha. Viene fumando. Acompañan a estos personajes, PURITA y REFUGIO. Dos chicas que visten elegantísimos trajes de montar con arreglo al último figurín londinés.)

Lolita (Riendo.) ¡Pobre don Rosendo! ¡Siempre azorado! (Tira graciosamente la garrocha a Juanillo.)

Pur. Pero oye, ¿es tonto?

Lolita ¡Qué ha de ser! Pero hija, me ve... (Ríe) y no sé lo que le sucede: tropieza, balbucea, se equivoca... Ya lo han oído ustedes: le pregunto, ¿cómo estamos, don Rosendo? y me contesta, «a tres, señorita Lola, ¡a tres y nueve!» (Ríe.) ¡Pobre, hombre! ¡Es a la única persona a quien yo inspiro respeto! (A Purita.) Y mira, eso me satisface. (Ríe.)

Nat. Bueno, aquí te dejamos.

Lolita ¿Qué es eso? ¿Sin hacer plan para mañana?

Pur. ¡Ay, es verdad!

Lolita ¿Encierras mañana las dos corridas para Barcelona?

Nat. Sí; a las doce en punto.

Lolita Pues a las doce en el encerradero del Empalme. ¿Qué os parece?

Pur. Muy bien.

Lolita (A Natalio.) ¿Eh?

Nat. Yo siempre a tu disposición, señor mayoral.

Lolita Sí, tú lo dices en broma, pero bien que sirvo para ello.

Nat. ¡Ya lo creo! Había que escribir en letras de oro tu hazaña de ayer con el Morito. ¡Vaya un toro!

Lolita Y cuenta que el caballo era duro de boca y no obedecía.

Nat. Niñas, propongo que se le grite un óle de honor.

Jua. ¡Y óle!

Lolita (A Juanillo.) Si te pasas una hora, nada más que una hora sin decir... ¡y óle! te ganas este billete de cinco duros. (Mostrandole un billete.)

Jua. (Muy contento.) ¡Y óle!

Lolita (Guardándose el billete.) Otra vez será. (Risas generales.)

Gab. (Por la izquierda.) ¡Cuán gritan esos malditos!

Nat. Hola, cura, ¿cómo te va?

Gab. No tan bien como a ti, pedazo de atún, pero vamos viviendo, ¿y tú?

Nat. Tirando.

Gab. ¿Ya?

Jua. ¡Y óle! ¡Qué puya!

Gab. (Con severidad.) ¿Eh?

Jua. (Azorado.) Digo que... qué puya, por... la garrocha que...

Lolita Anda, llévala al guardanés, mameluco, que te pisas el ronzal a cada paso. ¡Hala!

Jua. Sí, señorita. Ya estoy allí. (Vase por la izquierda.)

Gab. ¿Y esos capullitos se han divertido mucho?

Nat. Mucho, don Gabriel.

Pur. Muchísimo.

Gab. (A Lola.) Y tú como siempre, ¡hip!... ¡hop!... la heroína de la fiesta. Ven acá, mujer, que hace tres días que no te veo.

Nat. Como que tienes una sobrina que no te la mereces, general sorchantre.

Gab. (Abrazando a Lola.) ¡Descastada!

Nat. Vámonos, que se ablanda el partío carlista. Ea, niñas, arreá p'alante, que va con ustedes el viejo más joven de Sevilla.

Gab. Adiós, ganaerillo.

Nat. Adiós, sacristán. Hasta mañana, Lola.

Lolita (Que ha estado despidiéndose de Purita y Refugio.) Hasta mañana. (Hacen mutis por la derecha, Pura, Refugio y Natalio.)

Gab. (Contemplando embobado a Lola.) ¡Madre Doloro sa! ¡Con qué gusto hubiera sido hombre mi sobrina!

Lolita No tanto, tío; mujer y muy mujer soy y muy a mi gusto, gracias a Dios.

Gab. (Acariciándola.) Ven acá, diablillo, cabecita loca; pero, hija mía, ¿hasta cuándo van a durar esas andanzas?

Lolita ¡Ay, no me llore usted, tío, que no hay nada más feo que un hombre llorando.

Gab. ¡Un hombre llorando! Lo que has venido a recordarme, mujer. Si hubieras visto ayer...

Lolita (Quitándose ante un espejo el sombrero y la chaquetilla.) ¿Qué? ¿Quién lloró ayer, tío? ¿Usted?

Gab. Yo, no. Un mozo más gallardo que una palmera y más fuerte que un roble.

Lolita ¡Qué mentecato!

Gab. De amor.

Lolita (Conteniendo la risa.) ¡Puaf! ¡Romántico!

Gab. ¡Por ti!

Lolita (Riendo a carcajadas.) ¡Qué gracioso! ¡Ja, ja, ja!

Gab. Por ti, por ti.

Lolita (Alborotando.) ¡Ja, ja, ja, ja!... (Mutis por la izquierda sin cesar de reir.)

Gab. (En una pieza.) ¡Allá va eso! Váyala usted a la

niña con cuentecitos de luna y fuentes y arroyos y trinos y olor a flores del campo como decía él. (Viendo aparecer a JULIÁN por la puerta de la derecha.) ¡El! ¡El!... ¡Virgen de los Reyes! ¿Telepatía? ¿Milagro? ¿Las dos cosas o una sola con distinto nombre?

Jul. (Reconcentradamente.) Tío, la he visto entrar... y vengo... a verla la cara. (Con furia.) ¡A que nos veamos las caras! Usted dispense. No sé a qué he subido. ¿Va a salir? Me voy.

Gab. No tengas miedo, hombre. Hay tocador para un rato.

Jul. Me quedo.

Gab. ¿Vienes de la Universidad?

Jul. ¿De qué Universidad?

Gab. De tu cátedra, hombre.

Jul. ¿Qué cátedra? ¡Ah! Mi cátedra. Sí, no; es decir, bueno; va no tengo cátedra.

Gab. ¿Eh? ¿Qué? ¿Has renunciado?...

Jul. No; he pedido licencia por enfermo; estoy muy enfermo. El auxiliar me sustituye. Pero, tío, no chochee usted, por Dios. ¡Hábleme usted de ella, de ella! ¿No sabe usted a lo que vengo?

Gab. A darme la tarde.

Jul. Bueno, ¿y qué?

Gab. Hombre, me gusta la salida.

Jul. (Furioso.) ¡Tres días! ¡Tres días por ahí! ¿Le parece a usted bien? Entre toros, entre caballos, entre toreros.

Gab. Cambia los términos, Julián, toreros, toros...

Jul. ¡Tres días que me he pasado en el café de ahí en frente esperando la hora de verla!... ¡Y cómo la he visto, tío!... A caballo y así... (Indicando con los dedos que montaba como los hombres.)

Gab. ¿Eh?

Jul. (Metiéndole los dedos por la cara.) ¡Así, hombre, así!

Gab. Es la moda inglesa, hijo mío.

Jul. ¿Y eso de la garrocha es también moda inglesa? Contésteme usted. ¡Eso es!... (Se contiene.) ¡Una señorita con una garrocha al hombro y montando... así! ¡Vamos, tío! Eso es... un escándalo, una vergüenza: ya está dicho: una vergüenza.

Gab. Bueno, hombre, bueno.

Jul. Me gusta la salida. Pero, ¿es que usted no es nadie?

Gab. Casi nadie. La quiero mucho, ¡mucho!; no tengo valor para oponerme a ninguna de sus diabluras sin importancia.

Jul. ¡Encantador! Yo no sé cómo no se salen de sus marcos estos señores y le sacan a usted los colores a la cara. Sería cosa de oir lo que diría de su nieta esa señora abadesa.

Gab. La señora abadesa no fué abuela nunca.

Jul. ¡Usted qué sabe! Y, además, me da lo mismo. Me importa un rábano el lustre del escudo de la familia. Pero lo que clama al cielo... usted que es tan beato, óigalo bien, ¡al cielo!, es que su sobrina que desde que nació se llamaba doña Dolores, la conozcan ahora hasta los gatos por ¡Lolita Tenorio! ¡La Lolita Tenorio! ¿Es alguna cantaora de café? ¡Lola Tenorio! Muy bonito. Muy distinguido.

Gab. Lo sé, sobrino, y esa es mi pena...

Jul. ¡Y Lola, torea!...

Gab. Torea.

Jul. ¡Y bebe!

Gab. Alguna que otra copa de Champagne.

Jul. ¡Pero bebe!

Gab. ¡Bueno!

Jul. ¡Y fuma!

Gab. ¡Fuma!

Jul. Y es amiga de todas las tiples. Y, claro, la gente...

Gab. Pero, ¿qué le voy a hacer yo? ¿Quién soy yo?

Jul. Usted es un Juan Lanas.

Gab. ¡Sobrino!

Jul. ¡Lanas!

Gab. ¿Sabes una cosa, niño? Que viene hoy muy poco poético el catedrático de Literatura.

Jul. Pero vamos a cuentas.

Gab. Oyeme, Julián...

Jul. Déjeme usted hablar.

Gab. Yo primero.

Jul. He de ser yo.

Gab. (Enfadado.) ¡Yo!

Jul. ¡Tío!

Gab. No hay tu tío. ¡Las canas delante! Vamos,

cálmate, siéntate y escucha. ¿Qué te ha enamorado a ti de tu prima?

Jul. Enamorado, eso, enamorado. Porque es que se dice la palabra muy pronto y hay que darse cuenta de lo que significa..

Gab. Discursitos, no. ¿De qué te has prendado tú?

Jul. (Con vehemencia.) De su cara, de su cuerpo, de su gentileza, de su garbo, de su... ¡vamos, hombre, no sea usted tonto!

Gab. ¿Ves? Te has enamorado de lo general, de lo vulgar, de lo que podías haber encontrado en otra mujer cualquiera.

Jul. ¿Qué quiere usted decirme?

Gab. Que lo que hace falta es saber enamorarse de lo íntimo, de la especialidad y particularidad exclusiva del carácter de la mujer elegida. ¿Me entiendes? Si no ¡hombre al agua! Ahí estás tú loco de amor por una cara y un garbo y loco de coraje porque la niña monta a caballo... así. (Imitándole.) ¿Ves? Esa es una de sus particularidades. Por ahí debías tú haber empezado para ahorrarte molestias; por enamorarte de que tu prima monta a caballo... así.

Jul. Eso es una tontería.

Gab. Todo lo tontería que tú quieras, pero Lola montará a caballo y acosará reses, y guiará coches, y seguirá haciendo muchas otras diabluras que hace. ¡Claro! Tú llevas tan sólo un mes en Sevilla y no sabes... pero ya, ya te iré yo contando.

Jul. ¡Pues no y no!

Gab. Mira, y para terminar: tu prima no te querrá nunca.

Jul. ¡Claro! A este paso... si no me conoce; si no he podido aún hablar con ella... ¡malditos tentaderos, y...!

Gab. No es por eso, hombre.

Jul. ¿Eh?

Gab. ¿Crees tú que no la han cortejado? ¡Vaya! Y lo más granadito de la pollería andaluza. Pues apenas si corre por ahí la fama de su guapeza y de su ingenio. El caso no es ese. Es que yo, harto de estudiarla, he adquirido un convencimiento. Han de dolerte mis palabras, pero no debo ocultarte mi opinión.

Querido Julián, Lola no tiene corazón de mujer.

Jul. ¿Eh?

Gab. ¿Anomalía? ¿Efectos de la mala educación? No lo sé. Repite conmigo y guarda estas palabras en lo más hondo de tu memoria: Lola no tiene corazón de mujer.

Jul. ¡No tiene corazón de mujer!

Gab. Ayer, cuando llorabas de celos y de rabia y de cariño, fuí a decirte esto mismo y me dió pena. Hoy que te has presentado dueño de ti y altivo, he creído que recibirías con más entereza la revelación. Ya está hecha. Estas canas, ni mienten ni se equivocan. Ahora... habla.

Jul. De manera que si al fin llega a verme, a conocerme personalmente... y yo le digo... ¿cree usted que se reiría de mí?

Gab. Seguramente.

Jul. (Sacando una carta.) Bien está. Lo sabía.

Gab. ¿Eh?

Jul. ¿Cómo se explica usted si no que yo no haya querido presentarme a ella? No quiero que se ría de mí, porque mientras no se ría tengo esperanzas.

Gab. Pero...

Jul. Mire usted: en esta carta he volcado el sentimiento de mi alma. No se ha escrito carta, ni más apasionada ni más sincera. Si tiene corazón, responde al mío.

Gab. Bueno, pues... (Voces dentro.) Ella viene.

Jul. (Echándole la carta.) ¡Me voy!

Gab. ¿Eh? Pero te vas y... ¡claro! Ya has echado la cartita al buzón... Sí que eres fresco, sobrino. Pues, hijo, yo no sirvo...

Jul. (En la puerta de la derecha.) ¡Tío! ¡Por Dios!

Gab. Deja a Dios en su trono. Dí por ella.

Jul. Por ella y... ¡por mí!

Gab. Todo sea por ti... ¡y por ella!

Jul. ¡Gracias! (Vase.)

Lolita (Entrando, por la izquierda.) ¡Ea! Ya me tiene usted en casita, por lo menos hasta... mañana a las doce, ¿eh?

Gab. Si que es una temporada.

Lolita Es que mañana a las doce, hay encierro. Y luego a las tres, tendremos polo.

Gab. ¡Polo! ¡Qué lástima de palo, digo polo!

Lolita ¡Miren el viejo!

Gab. El viejo se pone serio.

Lolita ¡Malo!

Gab. Y el viejo te va a hablar ahora mismo con el corazón en la mano.

Lolita (Muy mimosa.) En las manos: ¡es demasiado grande para que quepa en una sola!

Gab. No me conmueven las zalamerías.

Lolita ¡Bueno!

Gab. Y tú, vas a escucharme, seria, calladita, formal.

Lolita Yo hago por mi viejo simpático cuantos sacrificios sean precisos. Venga de ahí.

Jua. (Por la derecha y como pidiendo permiso para pasar.) ¿Y óle?

Gab. Entra.

Jua. ¿A que no se carculan ustedes quién está en er recibimiento? (Rie.)

Lolita (Seria.) ¿A que no te carculas tú las pocas ganas que tenemos de acertijos?

Jua. No he dicho ná.

Gab. ¿Quién es?

Jua. Casi nadie: los caseros de «Los Pinares.» Er señó Frasco y su hija Cardito. Crugiendo viene. ¡Vaya Frasco y vaya Cardito!

Gab. Que pasen, que pasen en seguida.

Jua. (Haciendo mutis.) ¡Y óle!

Gab. Esto sí que es serio, sobrina.

Lolita ¿Qué es ello?

Gab. Pues que se nos vienen del cortijo sus guardadores huyendo de la sequía. Parece que la chusma hambrienta...

Lolita Aquí están ya.

(Aparecen en la puerta de la derecha el señor FRASCO y su hija CARDITO. El, a medio quitarse el ancho y flamante pavero blanco, rascándose en la coronilla, y ella, anudándose el pañolillo de talle que trae bajo el mantón. Efectivamente, vienen crujiendo. ¡Vaya majeza, vaya aseo y vaya postín!)

Car. ¡Ave María!

Frasco Sin pecao. ¿Se pué colá?

Lolita Cole.

Frasco Con su venía de ustedes.

Car. ¡Osú qué casa! Dan ganas de presinarse.

Frasco (A su mujer.) No te pongas cateta. (A don Gabriel.) Zu zervió.

Car. (Idem.) Zu zerviora.

Gab. Vengan ustedes con Dios, buena gente.

Frasco (A Cardito.) Que no te zientes hasta las tré.

Lolita Sentarse.

Frasco (¡Una!) ¡Z'estimula!

Car. Z'agradeze; es comodiá.

Gab. ¿De modo que son ustedes los caseros de «Los Pinares»?

Frasco Ex.

Gab. ¿Eh?

Frasco Ex-caseros.

Gab. ¡Hombre!

Frasco Enque der campo, tengo mi coltura y sé que ex, quié desí que no.

Gab. ¡Ya!

Frasco Habemos estado en cá del arministraó, sin jallarlo y como zu zervió quería lucidá hoy mesmo esto, pos dije, digo, aquí a María Josú: «Vamos en cá del amo, que enque él esté en Berdín, como disen, no fartará allí arguna persona que dé la cara.

Gab. Han hecho ustedes bien. Pero tomen asiento.

Frasco Z'estimula. (A Cardito.) (¡Dos!)

Car. Déjelo usté: estamos ya cansaos de está de pie, señorito.

Lolita Pues por eso, siéntense.

Frasco (¡Tres!) (Sentándose.) ¡Por no desairá!...

Car. (Sentándose.) ¡No vía la hora! ¡Ozú! Estronzá que viene una.

(Se sientan en el vis a vis y queda Cardito de espaldas a los señores de la casa.)

Frasco (Dándole un pellizco.) ¡Chiquilla, güerve el sillón! (Cardito vuelve el vis a vis y vuelve a sentarse de espaldas.) ¡Pero mujé!

Car. (Azarada y dispuesta a arrodillarse en el asiento para dar frente a los señores.) ¿Me arroíyo?

Lolita Como quiera; siéntese donde guste.

(Y se sienta en una butaca-hamaca; pero con tan mala fortuna que con su peso se corre el asiento y baja hasta la última mordedura de la cremallera.)

Frasco (Sulfurado.) ¡Pero creatura!...

Gab. No se asuste; no es nada.

Car. (Muy apurada y sin atreverse a mover un dedo.) ¿La he rompido?

Lolita (Sofocando la risa.) No, mujer; es que está el muelle un poco flojo y se corre.

Car. (Incorporándose.) ¡Osú qué repuyo!

Frasco ¡Qué repuyo!... (Riñéndola.) ¡Que no tiés modales, Cardito, eso é! ¡Que no sabes sentarte! ¡Ya te he dicho lo que aserca der sentao reza er pesagio, vurgo refrán! «En casa de cumplio, a la tercera y comedío». ¡Modales, señó! ¡Modales!

(Malhumorado, levanta una pierna, apoya el pie en uno de los palitos de la silla que ocupa y ¡cric! se lo carga, teniendo que hacer un soberano equilibrio para no caer de boca. Don Gabriel y Lola, ahogados de risa, se vuelven de espaldas y disimulando, buscan algo en la mesa.)

Car. ¡Toma modales!

Frasco (Azaradísimo.) (¡La metí!)

Car. Pa que me digas a mí luego, que...

Frasco (Amenazando a Cardito a media voz.) Cállate o te doy así...

Gab. (Extremando su disimulo.) No sé donde he puesto... (Cardito se santigua y con todo género de precauciones, se sienta en una silla junto a su marido.)

Lolita (Que ya no puede más, lanza una carcajada a todo pulmón.) ¡Ja, ja, ja!..

Gab. (Pretendiendo disculparla.) Se ríe porque he perdido... un... un papelito .. (Rompe a reir también nerviosamente.)

Frasco (Tragando quina) (¡Papelito er que estamos jasiendo nosotros!)

Car. (Quemada.) (¡Miá también er viejo!)

Gab. (Secándose las lágrimas y procurando cortar su risa.) ¡Ay, Dios mío, Dios mío!... ¡Qué vida esta! Bien, hombre, bien. ¿De manera que ustedes han decidido abandonar el campo? ¿eh?

Frasco Sintiéndolo; porque tanto aquí, a mi hija, su serviora presente, como a éste, su servió presente, más nos tira er campo que la urbre; pero que no pué sé.

Car. No pué sé, no, señó; porque allí lo que pasa pa una que es mosita, es que allí no hay sosiedá ni trato, porque una con la plebe no se va a tratá. Una ¡tiene su ducasión y su buena crianza, porque eso de la buena crianza. como ustedes saben se... Ya ven ustedes si tengo ducasión, que iba a desí que la bue-

na crianza se mama, y me lo he callao. Pero aquello no pué sé.

Frasco Tó lo que se jaga con ellos, resurta un frascaso, que se dise; ¿que vasté por las güenas? frascaso; ¿que vasté por las malas? frascaso. ¡Es una tropa!... Como que er que no es anarquista, que se dise, es atedo.

Lolita ¿Eh?

Frasco Atedo: de esos que no creen ni en Adán ni en Eva, ni en ná, que se dise. Amos, de los que están aguardando er reparto pa quearse con tó.

Lolita ¡Ya!

Frasco Hay allí una tía Semillita...

Car. ¡Mar tiro le den!

Frasco Asín la maten y la entierren viva, que es la que tié la curpa de tó.

Gab. ¡Hola!

Frasco Sí, señó. Es una mujé mú espesiá. Lee papeles solidarios, disen que e libertaria, chilla má que naide y s'ha quedao sola. Una mujé, que iba pa hombre y salió mujé, que yo no lo creo, aunque tiene un hijo. ¡Espesiá!

Gab. ¡Caramba!

Frasco Sí, señó. Pos prinsipió con el aqué de que yo tenía que darle también aseite a los del cortijo de ar lao, por la rasón de que los infelises, estaban lampando y porque ella ha leío que eso der reparto, er día que prinsipie, va a prinsipiá por el aseite. Y yo le dije a ésta: Esa pesunsión no pué sé, da tú la cara.

Car. Y asín lo jize.

Lolita La pondrían a usted de oro y azul.

Car. Morá ná má.

Frasco ¡Atedos, señor, atedos! Pos ayé, en vista de que yo no me dosblegaba, me se presentaron los gañanes der cortijo de ar lao, mú tormentosos, pidiéndome un deíto d'aseite pa una lamparilla. Yo comprendí que venían garateros y pa evitá que la dieran a esta otra tunda, le dije, digo: dales er frasco, que se dise, y que cojan lo que sá menester, que se dise. ¿Cree usté que sirvió de argo? Por tó agraesimiento, así que dejaron er

frasco vacido, me tiraron er frasco a la cabeza, que aquí tengo, en los orsipusios (Por la frente.) la señá.

Lolita Otro frascaso.

Frasco Sí, señora; otro frascaso, que se dise; asín es que digo, disen, dije, digo...

Gab. ¿Quién dice?

Frasco Su zervió.

Gab. Ya.

Frasco ¡La del humo! A la urbre. Ahí se quedais ustede. Se perdió Cavite, ¿qué mas da que se pierdan «Los Pinares».

Gab. ¿De manera que aquello queda manga por hombro?

Frasco Sí, señó; allí no manda naide má que la tiá Semillitas.

Gab. ¡Dios santo! ¿Y qué hago yo ahora?

Frasco Si llueve, ná; porque en cuanto llueva tó se arregla, pero si no llueve, mande usté a arguien con dineros y con harina y con aseite, que se dise, pa prinsipiá er reparto, porque si no, a la güerta de un mes, no quea de «Los Pinares» ni el recuerdo. (Levantándose.) Conque... (Dándole a Cardito con el sombrero.) Que te embobas, tú. (Cardito se levanta.) Disimulá si habemos fartao y salú.

Gab. Vayan ustedes con Dios, y siento que esa resolución nos prive de tan buenos caseros.

Frasco Se estimula. (A su mujer, a media voz.) La despedía, acuérdate. (A don Gabriel.) Mandá. (A Cardito.) Tres pasos y güerta. (Avanzan tres pasos hacia la puerta de la derecha, se vuelven los dos y dicen a un tiempo en tono muy grave.) ¡A los pié de ustede!

Lolita (Complacidísima.) ¡Caramba! Vayan ustedes con Dios.

Car. (A Frasco.) ¿Otra vé, tú?

Frasco (Bajo, a Cardito.) Sí; en la puerta. (Llegan los dos hasta la puerta de la derecha y ya en el dintel se vuelven como antes y repiten.) ¡A los pié de ustede! (Cardito hace mutis y Frasco se detiene un instante y dice muy satisfecho.) Dineros no hay, pero de ducasión y de modales pué pone una escuela Frasquito Ramo. A los pié de ustede. (Vase muy engallado; don Gabriel y Lola rompen a reir.)

Lolita ¿Ha visto usted qué hombre tan gracioso? Y a éste lo que le sucede es que le ha cogido miedo a esa tía Semillita y por eso no quiere volver al cortijo.

Gab. Sea por lo que sea, la situación de «Los Pinares» es un tanto crítica y me preocupa el pensar...

Lolita No se preocupe usted. Con respecto a «Los Pinares», acabo de idear un plan como para chuparse los dátiles.

Gab. ¿Qué dátiles?

Lolita Los dedos, tío, por Dios; parece que está usted en babia. ¿No sabe usted que a los dedos cuando hay que chúpárselos se les llaman dátiles?

Gab. Hija mía, como no me trato con picadores ni con gentuza de ventorros, no estoy al tanto..

Lolita Déjese usted de puyas y vamos a mi plan.

Gab. No, que siempre será alguna diablura o alguna marimachada de las tuyas, y temo que me convenzas y... no, no, ¡y no! Hoy termino de ser quien era. De algo más importante hemos de hablar. (Lola tuerce el gesto.) Oyeme, Lola, Lolita, corazón...

Lolita ¡Malo!

Gab. Escucha a este pobre viejo que quiere hablarte el alma.

Lolita Sermon habemus.

Gab. (Muy serio.) Sermón de mandato: de mandato de conciencia.

Lolita (Seria.) ¿Eh?

Gab. Sí, Lola; hora es ya de que te diga, ¡pobre de mí! lo que tú sabes; que tu nombre corre de boca en boca por Sevilla; que la fama, triste fama, lo llevó a los maldicientes labios de la gente del Casino, a los murmuradores de los salones, a la música de los «couplets» de los teatros, a las conversaciones de los cafes, a rodar en las tabernas... que tu paso por la calle, levanta una tempestad de murmuración. (Muy triste.) Que esta casa ya no se llama como siempre, el Palacio de los Tenorio, sino la casa de Lolita Tenorio.

Lolita ¡Popularidad!

Gab. ¡Mezquina popularidad y triste! Porque tu

popularidad cuenta cosas que no debes saber, porque dice, Lola, (Nervioso.) ¡dice tu popularidad!... (Amoroso.) Lola, corazón, niña mía, es preciso huir del peligro, donde no creo que hayas caído, porque no puedo creerlo.

Lolita (Muy seria) ¡Tío! (En una rápida transición) ¡Ja, ja, ja! Tiene gracia... Bueno, sí; se critican mis aficiones; y porque voy a tentaderos, porque guío el coche y porque no hago maldito el caso de los cien papanatas que aspiran a mi mano, se me mira como tipo extraño de mujer. ¡Ja, ja, ja! ¿Y qué? ¡Ja, ja, ja!...

Gab. No, no, sobrina; eso no puede ser; no se puede contestar con una carcajada a la murmuración en su más alto grado..

Lolita (Casi llorosa.) ¡Tío, por Dios!

Gab. ¡A la calumnia!

Lolita ¡Tío!

Gab. Perdóname. Dame tus manos. Mírame. ¡Así! ¿Es verdad?

Lolita (Después de un momento de pausa.) ¡Ja, ja, ja, ja!

Gab. ¡Donosa contestación!

Lolita ¡Ja, ja, ja! (Va a levantarse.)

Gab. Bien, pues... (Obligándola a sentarse.) ¡No; quieta aquí! (Coge una carta que habrá sobre una mesa.) Vas a contestar a tu padre. Escucha lo que me escribe: «Te ordeno, entiéndelo bien, te exijo, que te lleves a mi hija de Sevilla. Hasta aquí ha llegado el triste eco de una negra calumnia. Llevátela, por el amor de Dios, hermano.» ¿Quieres leerla tú?

Lolita ¿Para qué? Ya me figuro...

Gab. ¿Tampoco contestas?

Lolita (Arrogante.) ¡No!

Gab. Pues oye al amor. (Le da la carta del primo.) Tu primo..

Lolita ¿De mi primo? ¿El catedrático? (Cogiendo la carta.) Mira, esto ya es mucho más distraído. Oye, ¿tiene buen tipo? ¡Ja, ja, ja! ¿Seguramente será feo? ¿No? ¿Tiene gracia?

Gab. Tiene corazón. Lee.

Lolita «Encantadora prima...» ¡Cursi!... «No acierta mi amor desconocido, mi amor indignado»... ¡Hola!

Gab. Sigue.

Lolita «... a expresar con palabras el sentir...» ¡Ja, ja, ja!... (Sigue leyendo para sí. El tío no le quita ojo; quiere leer en los de su sobrina el efecto que la carta le produce. Efectivamente, en los ojos de Lolita se puede leer como en un libro abierto. Comienza, es decir, continúa divirtiéndose grandemente del enamorado y subrayando con risas algunas palabras.) ¡Ja, ja, ja!... ¡Ja, ja, ja! ¡mariposa voluble!... (Sonríe. Lee la carta para sí, hasta llegar a las frases que siguen, que ya las lee en voz alta. La parte de carta que se supone que lee para sí, la comentada en dos o tres ocasiones con grandes carcajadas como si le tomara el pelo donosamente a las frases de amor que el primito puso en ella. Poco a poco parece que la carta le llega al alma y ya lee seria y triste en voz alta lo que sigue:) El fango del arroyo... estigma... para siempre... de un cariño santo... (Abstraída.) «... Su nombre manchó... y le abofeteé. (Llora.) Es mi amor sublevado... y termino.. su primo que la adora, Joaquín.»

(Entrega la carta a don Gabriel. Este la mira; ella ve la cara de papanatas que pone y después de una pausa se ríe estrepitosamente, haciendo mutis por la izquierda.)

Gab. (Hace sonar un timbre y hace luego mutis por la izquierda con la carta en la mano diciendo.) No, no; Lola no tiene corazón de mujer.

(Aparece por la derecha JUANILLO, seguido de DON ROSENDO, que trae a la espalda el sombrero de don Gabriel muy envueltito en papel de seda.)

Jua. Pase usted, don Rosendo, voy a avisarle. (Vase por la izquierda.)

Ros. Con tu permiso; gracias, igualmente. (Por el sombrero de don Gabriel.) ¿Lo habrá echado de menos? ¡Dos pesetas de planchado! Ea; ya estoy en paz, porque esas dos pesetas eran las definitivas. No se conoce la fechoría, menos mal. (Colocándolo en una silla.) Creo que era en esta silla...

Jua. (Apareciendo nuevamente por la izquierda lanza un óle extentóreo.) ¡Y óle! (Don Rosendo, vuelto de espaldas a Juanillo, se asusta y cae sentado nuevamente sobre el sombrero de don Gabriel.)

Ros. (Tristemente.) ¡Y óle!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Patio principal del Cortijo de Los Pinares. Al fondo tapias y gran portalón por donde se ve el campo, seco, árido, sediento... A la derecha dos puertas: una grande, la de la gañania, otra más pequeña, donde se guardan los aperos de labranza. A la izquierda una alegre casita con puerta practicable, habitación del casero y de los dueños del Cortijo.

Un pozo desbocado, o bajo de brocal en el centro izquierda de la escena.

Es de día, a pleno sol.

—

(Al levantarse el telón, sentado a una mesita que habrá en el centro de la escena, está el bueno de DON ROSENDO escribiendo una carta que DON GABRIEL le dicta, nerviosísimo. Don Gabriel vestido de capataz del cortijo.)

Ros. ...de mi alma.

Gab. (Dictando.) Sí, hermano de mi alma; aquí estoy diciendo; «haiga, barcón, naide y jopo.» ¡Vaya, aprendiendo lenguas, hijo! Estoy de tu hija hasta el pelo y del sobrino... del sinvergüenza de tu sobrino, que lo es también mío... de ese fresco no hablemos. Bueno y santo que a tu hija le diera por hacer de gañana, que debe ser una excentricidad de buen tono, y convertirme a mí en casero, que será también de buen tono, pero que maldita la gracia que me hace, pero lo que hace tu sobrinito... (¿Dónde andará ahora el sobrinito y la sobrinita?) (Dictando.) no tiene

nombre. ¿Sabes lo que hace? Pues el muy poca lacha...

Ros. ¿Pongo lacha?

Gab. ¡Ponga usted lacha y con admiración! (Dictando.) El muy poca lacha se olió la comedia en Sevilla, y hace quince días que se presentó vestido de gañán y por ahí le anda tomando el pelo a su prima y su prima a él... y el primo y la prima ¡a mí! que soy el verdadero primo. El sí sabe quién es ella, ¡claro! pero ella, como no lo conoce, cree que está tratando con un patán de cuerpo entero.—Esto debe ser *le dernier cri*—pero este *cri* es de ganso. Conque tú verás lo que resuelves. Te abrazo. Déjeme usted firmar. (Haciéndolo.) ¡Grabiel! ¡Atiza, he puesto Grabiell (Rectificando.) ¡Gabriel, jopo! Bueno, ahora mismo coge usted el Lucero y se planta en Sevilla en diez minutos a echar la carta. Ya está usted allí.

Ros. (Mutis.) Será usted servido.

Gab. ¿Dónde andarán esos dos habitantes del Polo? (Mutis por la izquierda. Apenas hace mutis don Gabriel, aparece por el fondo LOLA vestida de gañana, seguida de CASCAJO y AVEFRÍA. Jornaleros del cortijo coqueteando con ellos y ellos locos perdidos.)

Cas. Josú, qué mujé.

Avef. Bendita sea la fló der granao.

Cas. ¡Salero!

Avef. ¡Pimpóllido!

Lolita ¡Ja, ja, ja!...

(Y sale por la derecha y sorprende la escenita la TÍA SEMILLITA. Esta mujer es medio anarquista. Vieja del cortijo gruñona y metomentodo.)

Sem. ¡En este cortijo no hay vergüenza!

Cas. Iña Semillita.

Sem. ¡Bah!

Avef. ¡Madre!

Sem. ¡A callá! (A Lola.) Y usté anda regorviéndome a la juventú y la juventú lo que tié que jasé es pensá en la lucha der burgué y der proletario y no enamoricarse y soñá en las gusarañas. ¡No digo más!

Avef. ¡Pero madre!

Sem. (Furiosa.) ¿Pero no veis er juego, armas mías? ¿Pero no veis que dende que vino este sopllo

de mujé, no hay gañán que no s'haiga mercao un abanico de la ruea e la fortuna? ¡Juy, si yo tuviera pantalones! ¡Claro!, me coge usté a mi niño que no tié jié, que es tó de armiba y me lo está usté poniendo que cuando se alevanta paese que lleva gafas. ¡Jurri allá! ¡Si yo fuera hombre! (A Lola.) Home, figúrese usté que soy un hombre. ¡Ea, artévase usté conmigo!... Míala ahí, iña coquetismo. Porque to eso no es más que coquetismo. (Remedándola.) ¡Ay! ¿Sí? ¡Regularsilla! ¡Grasia! ¡Ay, Jesú!... A mí podía usté venirme (Imitándola.) con desplantes y abaniqueos... (Recogiéndose la falda y enseñando las medias más fantásticas del mundo.) y arrecogía. (Medio mutis.) Jurri allá. (A Avefría.) ¡Juan! ¡Juan! ¿Y a ti te gusta esta telaraña de mujé? ¿Y a ti te gusta este... velocípeo? Pos no sé a quién sales, porque tu padre parmó con esta copla en los labios:

Dos cosas ha e tené
la jembra pa llegá al arma:
metro y medio de caera
y metro y medio de esparda.

(A Lola.) Y usté... ni ná, ni ná. ¡Pual! (Entra en el cuarto de los aperos. Por el foro sale JULIAN vestido de gañán con la chaquetilla al hombro, muy pausado y displicente. Se encuentra con Lola y empieza a hablar tranquilo. Sin darle importancia al Guadalquivir.)

Jul. Oiga usté, niña.

Lolita (Algo turbada.) ¡Ah! (Reponiéndose.) Mande usted.

Jul. ¿Hasta cuándo no va a dar las dose en el reloj de usted?

Lolita ¿Las doce?

Jul. ¿Hastá cuándo ví a está de plantón en el canalillo? Digo, se me fiura que quedamo ayé en que hoy iba usté a pasá a las dose por el canalillo.

Lolita Que pensaba de pasá, pero er pensamiento es mu loco.

Jul. (Echando a andar dispuesto a hacer mutis por el foro.) Güeno, ar fin y ar cabo...

Avef. (A Lola, volviendo a la carga.) ¿Cuándo me va usté a queré, Lolita?

Cas. (A Lola, lo mismo.) Juy, qué bocao. ¡¡Aum!!

Avef. ¡En er cogote!

Cas. ¡En er pelo pa zamarrearla! ¡Brrr!

Lolita (Apartando a estos dos y dirigiéndose a Julián, que se marcha.) Pero diga usté, ¿se va usté enfadado por lo der canalillo?

Jul. Hombre, pasá dos horas viendo corré una hebra de agua, sin tené irterisia, no es ninguna distrasión, que yo sepa. ¡Hasta más ver!

Lolita (Reteniéndole con la mirada) ¿Quié usté creé que se me había orviao?

Jul. ¿Quié usté creé que no lo quiero creé?

Lolita ¡Caramba!

Jul. Sin caramba ni ná. Hace quince días que le vengo a usté siguiendo los pasos y a Julianillo Ruiz no se l'ha resistío ninguna mosita quinse días. Usté no ha ido al canalillo porque ya no responde de este, (Por el corazón.) que si no ha caío está ar caé.

Lolita Sujétame, Avefría.

Avef. Allá voy.

Cas. Déjame a mí.

Jul. ¡Ché, con los brazos, no!

Avef. ¿Con los dientes?

Lolita (Muy seria.) Ni con el aliento. A mí no se me toca.

Avef. ¡Josú!

Jul. Lo dicho.

Lolita Dicho está.

Jul. En fin... me voy. Dentro de un rato hablaremos.

Lolita Sí, señó, pa terminá.

Jul. Pero si no hemos empesao. No to lo que se sueña resulta.

Lolita ¿Yo? ¿Pero oyen ustedes? ¿Yo?

Jul. Cómo escuecen las verdades, ¿eh?

Lolita Bueno, cállese usté.

Jul. Punto en boca. (Mutis por el foro. Sale DON GABRIEL con una regadera y se pone a regar unas flores.)

Gab. ¡Atiza, manco!

Lolita (Al ver que se va Julián, para mortificarle, finge una carcajada que casi no le sale.) Ja, ja, ja.

Jul. (Saliendo de nuevo.) Pero ríase usté bien, mujé. ¡Firsiones, no! (Vase.)

Lolita ¿Pero han visto ustedes qué sinvergüenza? ¿Pero ha visto usté, tío?

Gab. (A Cascajo y Avefría.) ¿Pero es que hoy no se trabaja? ¡Largo!

Cas. (A Avefría.) ¡A mí que no me digan!

Avef. (A Cascajo.) ¡Qué me vas a decir a mí!

Cas. Estos guardan la ropa en la misma cómoda antes del Corpus.

Avef. ¡Si no hay más que verlos!

Cas. ¡A mí que no me digan!

Avef ¡Qué me vas a decir tú a mí, hombre! (Mutis por la gañanía.)

Lolita (A don Gabriel.) ¿Eh? ¿Qué tal? (Riendo.) Cuando yo le digo a usted que lo estoy pasando mejor que nunca.

Gab. Sí, tú, sí; pero yo...

Lolita ¿Pero de veras no está usted a gusto, tío?

Gab. Mujer, por Dios; yo diciendo haiga y naide... a mi edad... vamos, no lo soñé en mi vida. Y que se queda la costumbre a lo mejor... y ya ves qué compromiso.

Lolita La verdad es que estoy en mis glorias. He revuelto el gallinero; hay tres gañanes que me hacen décimas.

Gab. ¿Eh?

Lolita Versos. Aquí le llaman décimas a todos los versos.

Gab. Andate con tiento, sobrina.

Lolita ¡Bah!

Gab. Tú puedes decir ¡bah!, pero yo... ¡vamos, yo... sufro muchísimo!

Lolita ¿Usted?

Gab. Sí, hija, sí. Hay una mujer en el cortijo que... no me deja a sol ni a sombra.

Lolita (Ríe.) La tía Semillita, ¿no?

Gab. La tía Semillita... ¡Qué miedo le he cogido a la tía Semillita! Quiere que yo sea socio de la confraternidad libertaria. ¿Y quién es el guapo que le dice que no? Este es un pecado de los gordos. (Mirando hacia el caserío.) Mira, ya está aquí.

Lolita ¿Quién?

Gab. Esa mujer. Vete, por Dios, que no quiero que le oigas decir barbaridades.

Lolita Sí, voy a arreglarme un poquillo y salgo en seguida, porque he citado aquí a las tres a Joselón, Armidoncito y al guarda, que me traen décimas. ¡Jesús, el sol en la veleta de

la capilla! ¡Las dos y media! (Entra alegremente en la casa.)

Gab. Jasta luego, digo, hasta luego. ¡Porra! Adiós loca, más que loca. ¡Es feliz! Es feliz y yo en cambio... (Al ver a la tía Semilita.) ¡Un milagro, Dios mío! Que esta mujer pierda el habla quince días. Si al menos fuera joven. La tengo pánico. Temo que mi aspecto frailesco le haga sospechar y... (Sentándose en el brocal del pozo.)

Sem. (Saliendo por donde hizo mutis.) ¡Hola, casero!

Gab. Hola.

Quién tuviera la dicha
de ver a un fraile
en el brocal de un pozo
y arrempujarle.

(Don Gabriel se levanta rápidamente.) Compadre, compadre.... (Mirando al cielo.) Nublao hase tres días, pero ná.

Gab. (De malísimo humor.) Na, señora.

Sem. Ea, ¿ve usté lo que yo digo? No llueve. No hay más aqué que er convenserse de que no hay que jaserle caso a los curas.

Gab. Sí, claro, la consecuencia... es justa.

Sem. ¡Güenos estan los curas! Yo... yo soy de los míos. ¡De los míos! Y usté también, ¡qué jinojo!

Gab. Sí, claro, yo...

Sem. Y que no lo juera usté. El otro casero, que era carlista, se ganó lo suyo.

Gab. ¿El o su hija?

Sem. El, güeno; tenía la costumbre de apuntarle las gofetás a su hija, pero se las daban a él. Menos má que usté no es carlistá... ni cree en er diluvio universá. ¿No? Por supuesto, ni creerá tampoco que la Virgen que va a sacá esta tarde el padre Pajarito en rogativa va a entretenerse en mandá llové. ¡Llové!

Gab. ¡Ah! ¡Oh! él... ¡claro!

Sem. ¡Claro que no, hombre! Ahí dentro he tenío una disputa con la Rubia, que desía que había esistío Pilato.

Gab. ¿Y qué ha resurtao?

Sem. ¡Qué iba a resurtá! La gesta se la ha puesto así. La jambre, es lo que ersiste.

Gab. Mujé, menos mal que nosotros comemos.

Sem. ¿Y qué comemos? El pan que nos regala el burgué. Porque ahora no lo ganamos. Nos lo jecha azin: ¡chucho!, y er probe chucho muerde er pan, como si le mordiera en las pantorrillas al amo der cortijo, que bien gordas las tendrá er mu ladrón. ¡El burgué!

Gab. ¡El burgués! ¡Mucho, mucho, sí, toma!...

Sem. (Maliciosamente.) ¡Je, je... pero to se andará!

Gab. ¿Eh?

Sem. La primera bomba piensamos de ponerla en Sevilla, casa del amo der cortijo.

Gab. ¡No!

Sem. ¿Eh?

Gab. Yo le diré a usted otro sitio más apropósito.

Sem. Chis... a callá, que viene gente. Venga usté acá, que usté es de los míos, y usté y yo vamos a hasé muy buenas migas. (Mutis por la gañanía.)

Gab. (Haciendo mutis detrás de ella.) Señor, ¿por qué me abandonaste?

(Sale JULIÁN por el foro y da dos palmadas a la puerta por donde entró Lola.)

Lolita (Saliendo.) Si antes llama usté, antes sargo. Ea, aquí me tiene usté pa que vea que no le tengo miedo.

Jul. Y aquí estoy yo, pa demostrarle a usté que sí me lo tiene y mucho. ¡Y es natural! Una mosita antes de dá er «sí» tiene que cabilarlo mucho.

Lolita Cabilao tengo lo der «sí» y es un «no.»

Jul. Eso será si yo le pido las relaciones.

Lolita Como sé que me las va usté a pedí.

Jul. ¿Y si no se las pido?

Lolita Con cuatro guiños que yo le haga, se arroíya usté.

Jul. Mucho me tié usté que guiñá y muchas pamplinas tié usté que hasé pa que yo caiga.

Lolita Cuatro guiños... si llegan a cuatro.

Jul. ¿A que no?

Lolita Sería usté el único del cortijo.

Jul. Pues vamos a verlo, mosita.

Lolita Vamos a verlo, galán.

(Gran pausa. Ella le mira y se ríe. El la mira y se quita la americana del hombro, y al ponérsela al brazo, pretende darle con ella en el culo, que así se llama eso. Lola se sienta en el brocal del pozo y el queda a

su lado. Ella, por hacer algo, tararea musitándolo, un estribillo de seguidilla, que deja sin terminar. Julián lo sigue tarareando hasta que lo termina. Lola se arregla un lazo rojo que trae al cuello.)

Jul. Ni que se ponga usté er laso derecho, ni que se deje usté er laso torsío, no caigo yo en ese laso.

Lolita Carma requieren las cosas. Siéntese usté aquí, que dejaría yo de ser Lola... bueno, quien soy, si no cayera usté en er laso como un pajarito atontao.

Jul. (Sentándose a los pies de Lola.) No todos los hombres tienen la misma suerte. ¡Con permiso!

Lolita Conque vamos a ver, galán. (Se arregla los picos del delantal. Le mira, le sonríe, coquetea.) ¿Eh?

Jul. Coquetismos, no; que ya con coquetismos no se adelanta ná en er siglo XX.

Lolita (Aparte.) ¡Pero qué bruto... (Con todo su corazón.) y qué lástima de hombre!

Jul. ¡Los hombres habemos dao un cambio!... Como que er que no corre, ¡vuela! ¡Los adelantos!

Lolita ¿Cuántas novias ha tenío usté?

Jul. ¿Este año? ¡Treinta y dos!

Lolita ¡Qué valor!

Jul. (Convencido.) ¡Verdad!

Lolita ¿Y todas le han gustao a usté?

Jul. ¡Anda! ¿A usté le gusta una breva maúra?

Lolita Hombre, sí.

Jul. Pues entonces le gustan a usté dos arrobas de brevas maúras; er toque está en tené... eso, ¡való!

Lolita ¿Pero es que para usté son todas iguales? ¿No distingue usté de caras, vamos, de tipos... de hechuras ..?

Jul. ¡Ya lo creo! ¿Po no he de distinguí? ¡Poco que distingo! Las hay bonitas· claro que las hay más bonitas, pero también las hay .. (Mirando a Lola.) todavía más bonitas.

Lolita ¿Y las feas?

Jul. ¿Feas? Esas deben de andá por los Londres y los Parises; por aquí no s'han visto.

Lolita Y yo, ¿le parezco a usté de Londres?

Jul. ¡De Londres! Nacía en un rosá aquí a la vera.

Lolita ¡Le gusto a usté!

Jul. Si yo supiera decirle a usté lo que me gus-

ta... Como que aquí sentao en la arena mojá der pozo y a su lao, me está pasando lo que dise la adivinansa.

Lolita Que me muero yo por los acertijos. Venga de ahí.

Jul. Ea, pos ponga usté mucho cuidao, que es mu difísil y está en verso, pa que sea menos comprendía.

Lolita Diga usté.

Jul. Esta es:

Por un campito perdío
llegué a la orilla de un río,
ví una mosita hechisera,
me senté e conversasión.
Contento y esprevenío
fuí a levantarme e su vera
y me sentí como herío
por la esparda y a traisión.

Lolita (Romanticismo rústico.) (Alto.) Ya sé lo que es.

Jul. Espere usté:

Dolorcillo traisionero
que siento donde no espero
desde la tarde del río,
para mí no hay salvasión,
que no hay doló como el mío.
¡Ay, mi fortunilla mala,
por ti moriré, zagala,
si me llega al corazón!

Lolita ¡Ya cayó usté! El dolorsillo ese... es (Enfáticamente.) ¡el amor!

Jul. (Remedándola.) Pos no señora. El dolorsillo ese... es ¡el reuma!, cuando llega al corasón se parma.

Lolita (Molesta.) ¡Bien!

Jul. Paese que l'ha sentao mal.

Lolita ¿A mí, por qué?

Jul. ¡Por ná! Porque quisá se creyó usté que me dejaba queré, entró usté por derecho, y le he dao un quiebro en la cara. Y eso... eso escuese mucho. No hay más que vé como se quedan los toros. ¡Paraos!

Lolita (Molestísima.) Es verdad. Había creído... en fin, vamos a hablá de otra cosa.

Jul. Tiene usté razón. ¡No pueo más! Con sus ojos de usté no se puede tener firmeza. Ea;

las cosas de sopetón. Usté y yo vamos a ser novios. ¡No hay más que habla!

Lolita (Tomándole el pelo.) ¡Tiene usté razón!

Jul. ¿Eh?

Lolita (Levantándose.) ¿No le dije a usté? ¡Sería el primero! ¡Ja, ja, ja!...

Jul. Y, ¿por qué no podemos ser novios? Pero de verdá. ¡Novios! ¿Que usté es la sobrina der casero y yo na más que un pobre gañán? ¿Y qué? En má de un papé se lee la historia de una prinsesa enamorá de un pastó. Y... ¡vaya que sea uno esconfiao, y piense que er pastó tiene su misjita de interé en la cosa; pero er cariño de la prinsesa, ese sí que es güeno y es capá de hasé los imposible der mundo! ¿Que el señor Grabié se opone? pues vamos ar cuento que es que la prinsesa y er pastó se camelan y el rey padre de la prinsesa, no quiere ni pa los padres decarros, pero, agarra y va la prinsesa y dise: Oye, pastó: ¡Te quiero! que es desirle: ¡Prínsipe y reprínsipe eres por ensima de la bola arta de la corona de mi padre! Y el padre se enrabieta, y la prinsesa terne que terne. ¡Coraje ahí!, jasta que ar fin dise er rey: ¡Mu bruto es mi yerno pa prínsipe!, pero en fin, no es mal tipo y con esta banda azul y este sable de oro y a caballo y en un paí forastero pa que no puea hablá con naide porque no entiende el idioma... ¡Consiento! Y allá va la prinsesa a la India con su pastó, y allá va er pastó, que ¡vaya un pastó con suerte! a dormí en un corchón de pluma de avestruses y a lavarse las manos toas las mañanas con jabón d'oló, que eso afina a las gentes.

Lolita Y colorín colorao...

Jul. Como me lo cuentaron, te lo he contao.

Lolita Si yo fuera prinsesa...

Jul. Vamos a vé, Lolilla ¿Vamos a ponernos de acuerdo pa aburrí a tós los mositos del cortijo? Aunque sea de mentirijillas, ¿eh?

Lolita ¿Y si nos quemamos?

Jul. Se sopla, y listo. ¿Es que es verdá? ¿Es que tiene usté miedo a enamorarse de mí? Miste que yo no me he comío a naide.

Lolita Miedo, lo que se dise miedo no, pero...

Jul. Resbalándose que va usté, Lola. Y es naturá, usté no ha querío nunca...

Lolita ¿Quién se lo ha dicho a usté?

Jul. No lo sé. Pero lo que le digo es verdá.

Lolita Tan verdá es que ni creo que haga falta.

Jul. ¡Eso no! (Muy serio.) Yo quiero haserla la grasia de pensá que no ha sembrao usté cariño en su alma, porque no hubo labraó que abriera el surco pa enterrá la semilla. Que no se hable mal de usté nunca, Lola.

Lolita (Sobresaltada.) ¿Qué dice usté?

Jul. ¡Usté me entiende!

Lolita (Medrosa.) Yo no...

Jul. (Enérgico.) ¡Usté sí! ¡Usté me comprende!

Lolita Bueno, hablemos de otra cosa.

Jul. ¡No! Usté tiene que oirme.

Lolita Usté no tiene derecho...

Jul. ¡Me da lo mismo! No ha querido usté nunca, ¡nunca! Tiene usté el corasón seco, como la tierra del campo. Sequía aquí y sequía ahí, (Por su corazón.) tierra estéril, tierra viciosa, donde florese mala semilla. ¿Quién será el enamorao capá de arrancá las flores malditas de su corasón? ¿Me comprende usté ahora? Antes que esto pase, Lola, ¡quiera usté!, abra usté la tierra al sol de un cariño bueno. ¡Sea el que sea!

Lolita El de un gañán...

Jul. ¡El que sea!, cariño al fin, cariño santo.

Lolita (Pensativa y molesta.) ¿Y quién es usté para?.. ¿Quién le dió a usté permiso? ¿Qué me ha dicho?

Jul. (Sumiso.) Creí que...

Lolita Bastante hemos hablado ya.

Jul. Si usté me lo manda me voy.

Lolita (Resueltamente quiere mandarle a paseo, pero se encuentra con la mirada de Julián que la reta.) Sí...

Jul. Si usté lo manda...

Lolita Haga usté lo que quiera.

Jul. Me queo.

Lolita Me da lo mismo.

Jul. Un poquito menos será, mosita.

(Lola, por toda contestación tarareа un trozo de «Bohemia» que deja sin terminar... Julián continúa tarareándolo.)

Lolita (Dándose cuenta.) ¿Eh?

Jul. ¡Ah! (Lo mismo.)

Lolita (Vuelve la cara para ocultar una lágrima y se encuentra con ARMIDONCITO y el GUARDA, que al final de la escena han salido por el foro y se han quedado hechos unos pasmarotes, sin dar crédito a lo que ven. Lola los ve y en una brusca transición, seca su lágrima y se ríe estrepitosamente.) ¿Pero estaban ustedes aquí? ¡Ja, ja, ja!... ¡tres!... ¡ja, ja, ja!... ¡tres!... (Y vase medio riendo, medio llorando por el fondo, después de dar dos cachetitos a cada uno de los bobalicones gañanes.)

Guarda Pos si que el papelito...

Arm. De estrasa...

Guarda (Rompiendo un papel.) Quiébrese usté los cascos pa esto. ¡Pérfidas!

Jul. Amigos; aquí sobran dos. Yo voy a vé si soy uno de los que sobran. Er no, siempre lo llevo delante. Hasta má vé. (Mutis por el foro.)

(Aparece ALCOLEA, viejo cosario del pueblo, más alegre que un cascabel. Se jalea, canta y palmotea él solo. Trae un gran latigo bajo el brazo y se toca con un viejo sombrero de paja.)

Alc. (Cantando.)

La jambre y el apetito
tuvieron una disputa...
A la pa e Dió, güena gente.

Gab. (Saliendo.) ¡Hola, hombre!

Alc. (Acercándose a la puerta de la gañania y voceando como si pregonara tomates.) ¡Cabaveroos... Alcoleaaa!... ¡El cosarioool... ¿Cómo va por aquí la mardita jambre, iñó Gabrié?

Gab. Se va pasando, Arcoleilla. ¿Y en er pueblo?

Alc. Camará, en er pueblo s'alimentan de viento, ¡vaya un añito, compadre! El año er flato le di-en. (Palmoteándose y jaleándose.) ¡La gragia! (Canturreando.)

Por verte diera yo un duro,
por no verte me dan treinta..

(Sale la tía Semillitas.)

(Hablado.) Por supuesto uno es cosario porque le tié uno querensia al ofisio, porque yo no veo una perra gorda desde que mataron a Prim, que tenía yo dos años. (Cantando.)

Conque prefiero no verte
porque me tiene más cuenta.

Sem. Otra víctima der gobierno. De modo que usté d'aquí... (Acción de comer.)

Alc. Na, hombre. ¿Pa qué se va a echá ensima ese peso? To es la costumbre. La naturalesa es mu sabia. (Recitado.)

Con un suspiro d'a cuarto,
un buchito d'agua fría
y un beso d'una morena
tiene un hombre su comía.

Hay que jaserse como yo me he jecho.

Sem. ¿Jaserse el qué?

Alc. ¡Jaserse! Con desirle a usté que yo jecho de menos la cuchara na más que cuando me ví a poné los sapatos...

Gab. ¿Eh?

Alc. En vista de que no servía pa na... pos me resurta un carsaó de primera.

(Entran en escena AVEFRIA, CASCAJO y varios GAÑANES, algunas MUJERES y algunos CHIQUILLOS.)

Cas. ¡Alcolea!...

Uno Alcolea.

Otro Alcoleílla.

Una Hola, Alcolea.

Alc. Hola, animales.

Sem. ¿Y los mulos del carro, Alcolea?

Alc. Uno m'ha quedao que es un valiente; ¡¡uy! ¡Salinero! Idea má que un abogao. ¡Salinero! Ya s'ha comío er pesebre. Ahora, planta las patas elanteras en la paré, alarga la gaita y se está comiendo las vigas.

Gab. ¿Pero con ese animal no llegará usté nunca a Sevilla?

Alc. E-e animá es un velosípedo, hombre. Me amonto en la vara, pongo er sombrero de paja en la punta der látigo, (Como si pusiera el sombrero en el hocico del mulo.) jago asín... y... ¡güeno, se esboca! ¡La naturalesa que es mu sabia!

Sem. Güeno, ¿traes er pedriódico?

Alc. (Sacando el periódico de la faja.) Aquí está, toma.

Sem. ¿Se dise argo en er pueblo del mitin de esta tarde?

Alc. Hay su bulle, bulle, y disen que er cura, el Padre Pajarito, anda que suerbe los vientos pa que er mitin no se efertúe. ¡Como va a salí la Virgen en rogativa pa que llueva!

Sem. ¡Güeno está er cura!

Alc. ¿Conque quereis argo pa Sevilla, que me voy? (Silencio general.)

Una Escucha, Alcolea, que yo nesesito una melisina pa que mi niño eche pronto los dientes.

Alc. Déjalo sin dientes. Pa lo que ha de comé en esta vida. Güeno. De vacío me voy, de vacío vi a vení, pero mi carro es más puntuá que er tren. Ea, hasta más vé.

Sem. ¿No vas ar mitin?

Alc. Si fuera de garbansos... yo oradó. Salú. (Mutis.)

Sem. ¿Conque rogativa, eh? ¡Pos mitin! Y que mientras ande por el campo la procesión, me vi a subí a la trebuna y no voy a desí más que esto. (En tono oratorio.) Compañeros: Somos fraticidas. ¡Viva la fraternidá! (Aplausos, bravos, gritos, etc.)

Avef. ¡Dejarla sola!

Todos Bravo, bien.

Sem. Callarse, animales. Animales, sí, porque semos unos animales. Caín mató a Abé y la gente señaló a Caín con er deo. ¡Abajo los patronos! (Aplausos.) Er clero no jase farta porque Dios no ersiste, y lo que ellos apandan, hay que repartirlo entre nosotros que también semos hijos de Dios. Compañeros: Er arcarde es un ladrón; er secretario del Ayuntamiento es otro ladrón, er juez es otro ladrón, y er Padre Pajarito...

P. Paj. (Por el foro.) ¿Qué pasa con el Padre Pajarito? Aquí está el Padre Pajarito. Donde hay borregos descarriados allá está el Padre Pajarito.

Avef. Güeno. Yo no he dicho na malo del Padre Pajarito.

Cas. Nos echó.

(Silenciosamente se disuelve el grupo. Este Padre Pajarito es un anciano simpatiquísimo.)

Sem. (Tomando el periódico de manos de don Gabriel. Mirando al Padre Pajarito.) Este me lo aprendo yo de memoria.

P. Paj. ¡Ay, Semillita, Semillita!

Sem. (A los demás.) ¿Borrega yo?... ¡Viva la libertá! Amonos.

(Hacen mutis los gañanes seguidos de Semillitas que se va mirando al Padre Pajarito y dándole sonoros besos al periódico.)

P. Paj. ¡Y lo besa! (Alzando los ojos al cielo.) ¡Señor; ovejas, dadme ovejas, puesto que soy pastor; pero no me deis burras, porque no soy arriero! (Advirtiendo la presencia de don Gabriel.) Este no se va. ¡Iluminadme, Dios mío!

Gab. ¿Qué cuenta usté, señor Cura?

P. Paj. En dos semanas se enseña a bailar a un oso. A un potro se le doma en un mes; yo llevo cuarenta y cinco años predicando la verdad y no he logrado que ninguno de esos entreabra sus ojos a la fe. ¡Señor, qué harán esos misioneros que convierten a los chinos!

Gab. Vaya, no hay que desesperar.

P. Paj. Ya, ya sé que es usted también de los de la cáscara amarga.

Gab. Hombre, yo...

P. Paj. Vamos a ver, criatura de Dios, ¿usté por qué no cree?

Gab. ¿Eh? ¿Yo?... Hombre, pero si yo... Bueno, señor Cura, hablemos de otra cosa.

P. Paj. Yo no sé hablar más que de esta, hijo mío.

Gab. Bien, sí, pero es el caso. . que...

P. Paj. ¿Cómo usted que vive en el campo, no cree en Dios? ¿Hay algo que hable más de El que el campo? Yo a fuerza de años lo voy olvidando todo; son sesenta años, hijo mío, pero cada día me admira más una florecilla que se abre o un pajarillo que canta. (Alzando los ojos al cielo.) ¡Señor, quien que oiga cantar a un pajarito de los míos no cree en Ti!. . Bueno, digo de los míos, porque yo conceptúo a todos los pajarillos del contorno como cosa propia.

Gab. Ya sé que acuden a usté y se le posan encima y se dejan acariciar.

P. Paj. ¡Los pobrecillos!... ¡Son tan agradecidos!... Yo quiero que venga usted conmigo una tarde a la fuente de las cuatro piedras. Verá usted cosa buena y acaso le toque Dios en el corazón. Quién allí no inclina la frente... Aquello es un templo. Forman bóvedas las ramas de los álamos, el suelo está sembra-

do de esas florecillas blancas, más blancas que el mármol; la fuente, un poco en alto, asemeja un púlpito donde alguien reza constantemente, y al fondo, en un claro de los árboles por el que se vé al sol cuando se oculta, hay una piedra que parece un altar. Un momento hay todas las tardes que a mí me hace llorar: el momento de ponerse el sol: cantan los pajarillos, reza la fuente, salmodia el viento, la piedra es un ara y sobre ella el sol como una inmensa custodia, parece que bendice a los campos ¡Dios mío! Si yo supiera traducir en palabras lo que siento en este instante, los corazones más rebeldes se abrirían a Ti. Pero... sé sentir y no sé expresar, ¡los años!... Venga, venga usted conmigo una tarde; mis pajaritos no le extrañarán; todo aquello le dirá de Dios lo que yo no sé decirle y luego dígame que cree, dígame que cree .. aunque no crea.

Gab. (Conmovido) Sí, iré, padre, iré y le diré a usted que creo porque es usted un santo, Padre Pajarito.

P. Paj. (Estupefacto.) ¡Cómo! ¡Usted!... Pero, ¿es posible? ¿Le he llegado al alma? ¡Dios mío! ¿Has querido que no muera sin haber logrado una conversión? ¡Señor!... ¡Qué grande es tu bondad!... Oiga usted. Quiero completar la buena obra. Un hombre soltero no está bien. Sé que hay una mujer en el cortijo enamorada de usted.

Gab. ¡Caracoles! ¿Quién? (Da un salto.)

P. Paj. ¿Quién ha de ser? La tía Semillita. Usted es bueno, ¡lo es! y ella... ella también, ¡qué diantre!

Gab. Pero, ¿quién le ha dicho?...

P. Paj. Yo, que lo veo... esa comunidad de opiniones... eso de estar siempre de palique... ¡la que a mí se me escape!... Nada. ¡Voy! ¡Voy! El amor redime las almas... Usted es muy bueno y ella... ella con usted... se transforma... ¡Gracias, Dios mío, me has iluminado! (En la puerta del foro haciendo mutis.) *¡Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum, in pace, quia viderunt oculi mei salutare tuum!* (Mutis.)

Gab. (Loco.) ¡A Sevilla! ¡Pero que a Sevilla ahora mismo! Al diablo la comedia del sobrino. Primero soy yo. ¡Lola! ¡Lola!

(En la puerta del fondo aparece, seguida de JULIAN, LOLA TENORIO. Viene roja como una amapola. Trae en el pelo un puñado de flores rojas como su cara; su blanco delantalillo, viene rebosando de rosas, campanillas, jaramagos y flores silvestres; en el brazo que le queda libre trae un jardín. Un poco despeina da viene. En su cara riente, en sus brillantes ojos, se lee que ha corrido, que ha reido, que ha cantado y que es la más feliz de las mujeres. Viene, en fin, para comérsela. Se detiene graciosamente un momento en la entrada.)

Lolita ¡Para la Virgen, tío!...

(Don Gabriel avanza hacia Lola y la coge de un brazo mientras Julián queda en segundo término liando un pitillo.)

Gab. ¡Lola; no podemos estar un momento más aquí!

Lolita ¡Tío!

Gab. Ni un momento más. Esta tarde misma, nos vamos a Sevilla.

Lolita No.

Gab. ¿Cómo que no?

Lolita No, no puede ser... (Mirando a Julián que no la mira.) Yo necesito... ahora no puede ser... necesito saber de... vamos, que no, tío, ¡que no!...

Gab. Pero, ¿qué miras ahí?

Lolita ¿Yo? Nada. No, si no miro, si es que... Claro, ya le ha escrito a usted mi padre y hay que irse a otra parte, como si lo viera. (Mirando a Julián, que hace mutis por la gañanía.) ¡Pues no!

Gab. Nada de eso. Tu padre quiere que estemos en «Los Pinares» porque supone que estamos aquí como señores, no como caseros del cortijo.

Lolita ¡Cómo señores! Como señores, no tendríamos esta libertad que tenemos.

Gab. Que tienes tú, sobre todo.

Lolita Estarían todos pendientes de lo que hiciéramos, de lo que habláramos... En cambio así, da gusto; entro, salgo, voy, vuelvo y nadie se ocupa de mí. Soy.. esa, Lolita, la ca-

serilla nueva; cualquier cosa, una, nadie. Y cuidado que me conoce ya todo el mundo, ¿eh? Porque aquí tengo mi popularidad.

Gab. ¿Cómo no?

Lolita Mire usted, esta mañana para buscar estas flores—bueno, no me riña usted—he dado un paseo magnífico; he atravesado todo el pinar y he llegado hasta la carretera.

Gab. ¿Y sola?

Lolita No, digo, sí, ¡claro!

Gab. ¡Qué diablura!

Lolita ¡Bah! ¿Quien iba a meterse conmigo? Pues llegué a la carretera con una sed que me abrasaba, divisé la casilla de los camineros y vi el cielo abierto. Había a la puerta de la casa un perrazo de esos mal encarados que infunden respeto, y yo me dije, este me ladra, pero no me ladró. Entré y había en la casilla un hombre, por cierto bastante guapo; una mujer que debía ser la suya y un niño; un niño monísimo, tío; precioso, rubio y moreno a un tiempo; vamos, usted me entiende, con el pelito rubio y la cara tostada por el sol. ¡Buenos días!... ¡Mu buenos días!... ¿Hay un poquito de agua, que vengo seca? Gloria hay para la caserilla de «Los Pinares». (Muy orgullosa.) ¡Me conocían!

Gab. ¡Qué honor para la familia!

Lolita Ea, pues venga ese agua. Me senté y en un vaso muy grande, muy tosco, pero limpísimo, bebí el agua más fresca que he bebido en mi vida. Dejé una poca, y el hombre, muy gitano, con la cara seria, pero riéndose con los ojos, dijo a la mujer: «Echa ese poquillo de agua en un tarro, que ya es agua de oló.» ¿Ha oído usted un piropo más lindo en su vida, tío? A mí, la verdad, me gustó y se lo dije. Amigo esa es una flor bonita. Pues a ver qué le parece a usted las mías, ya que está la mañana de flores—añadió la mujer—y me echó sobre la falda estos claveles: fíjese usted en ellos, tienen el sol de Agosto en sus hojas.

Gab. Vamos, que caíste de pie en la casilla de los camineros.

Lolita Sí, señor. Se fué el hombre a su trabajo, y la mujer que le vió marchar con amor en los ojos, me dijo:—¿Tiene usted prisa?—Ninguna.—Pues quédese un ratito al cuidado del niño, que voy en un salto a lavar esta ropa. Y allí me quedé yo con la criatura. ¡Qué monísimo, tío! ¡Lo que charlamos, lo que jugamos, lo que corrimos!... Mire usted, yo hacía montoncitos de tierra y él se acercaba sigilosamente y los pisoteaba; entonces, fingía yo enfadarme e intentaba cogerle para darle un azote y él se me escapaba y corría riendo, riendo como loco Cuando yo, rendida, volví a sentarme, él, cansado como yo, se acomodó en mi falda y jugando con los claveles que yo había prendido en mi pecho, puso en ellos su cabecita y se durmió... (Emocionada.) No sé lo que sentí, tío, pero temía que le despertaran los estremecimientos de mi cuerpo. Viéndole tan lindo, ¡tan lindo! dormido en mi regazo, con su frente de ángel pegada sobre mi corazón, no sé lo que pasó por mí, pero me eché a llorar. Sí, lloré de lástima de mí misma, me vi digna de compasión, porque la verdad... la verdad no es la nuestra, no es la mía; la verdad no es el paseo en carruaje, ni el traje «chic», ni el perfume de moda, ni la envidia de los demás, tío; la verdad es lo otro, el pinar sano, la casa de la carretera donde una mujer mira a un hombre con amor y un niño duerme, como deben dormir los ángeles.

Gab. ¡Lola, niña!... (Admirado y conmovido.)

Lolita (Reponiéndose.) ¿Y cree usted que si yo no hubiera sido la caserilla de los Pinares hubiera gozado lo que gocé? ¡Quiá! Si yo esta mañana soy la señorita Lola, me ladra el perro y el niño huye de mí y el hombre se calla su piropo y la mujer no se hubiera atrevido jamás a confiarme su pequeñuelo.

Gab. Sí, pero yo digo que... (Sale Julián por la gañanía.)

Lolita (Mirando a Julián.) ¡Tío! ¡Si viera usted cuán distinta soy de la que fuí!...

Gab. Demonio, demonio... mira, mira... mete esas flores... llévate esas flores... ¡llévate esas flores! (Lola hace mutis por la izquierda, don Gabriel se frota las manos y se encara con Julián. Toda esta escena como conspirando.) Conque sí, ¿eh?

Jul. ¡Je! Una excentricidad. Por lo visto le resulta muy «chic» y muy original enamorarse de un animalote como yo.

Gab. Bueno; pues lo siento, porque se acabó la comedia.

Jul. ¿Eh?

Gab. Que a mí no me joroban más. Que yo no he nacido para casado.

Jul. Eso es de *El Dúo de la Africana.*

Gab. Ya te lo diré esta noche en Sevilla.

Jul. ¿Cómo?

Gab. Nada. Dentro de poco pasará por aquí la Virgen en rogativa. Puede ser que la gente del cortijo se subleve... ¡esa mujer!... Pues bien; aprovecho el tumulto y a Sevilla.

Jul. Pero Lola no querrá irse.

Gab. Bueno, pues como lo único que retiene a Lola en el cortijo eres tú, yo te echo esta tarde y en paz.

Jul. Pero...

Gab. Nada, hombre. Te sorprendo luego hablando con ella y te echo por haber osado enamorarte de mi sobrina. Y tú te vas y ella sufre y yo aprovecho la ocasión y la convenzo y a Sevilla... ¡A Sevilla! Donde yo no vea a la tía Semillita, que me trae frito, ni al Padre Pajarito, que me trae loco, porque esto que estoy haciendo es una locura, estoy horrorizado yo mesmo, digo, yo mismo. Vamos, hombre, que no puedo más. Esa mujer es cosa que... vaya, que hay que dirse, digo, irse de aquí.

Jul. Pues yo no me voy. ¡Ah, si ella no me creyera gañán! Parece mentira que no vea usted que esto no es más que un capricho, una locura, una extravagancia más de Lola Tenorio.

Gab. Vamos, tú la conoces, sométela a una prueba dura y márchate.

Jul. Hombre, es una idea... estaba por... así de gañán... puede que... ¡Sí!... sería una hazaña

digna de Lola Tenorio. ¡Tío, estaba por raptarla!

Gab. Sobrino; como lo pienses siquiera, te rompo el bautismo, ¡sinvergüenza! (Ríe Lola dentro.)

Jul. ¡Ella!

Gab. ¡Sopla! Ahí te quedas. (Ya en la puerta de la gañanía.) Conste, que si hay una ocasión, te echo.

Jul. Y conste, que si hay una ocasión. . la rapto.

Gab. Te rompo el arma... digo, el alma... (Mutis.)

Lolita (Por la izquierda.) Aquí estoy ya, tormento.

Jul. Es lo mejor. ¡Me la llevo! (Decidido a jugarse el todo por el todo.) Oye, Lola, si es verdad lo que hemos hablado, ¿qué serías tú capaz de hacer por mí?

Lolita Quererte, y no es poco. ¿Y tú? ¿Qué serías tú capaz de hacer por mí?

Jul. Los imposibles más imposibles. ¿Subí a la luna? ¡Pos subí a la luna! ¿Ser rey der mundo? ¡Pos ser rey der mundo! Na de esto pensaba yo antes de conoserte, pero ahora sí; ahora quisiera ser rey der mundo pa podé desirte: Lola, te había engañao; yo no soy Julianillo el gañán, soy... el que soy; ya me ves, pero no temas, pa ti cuanto soy, porque te quiero, porque por ti lo he suspirado, porque por ti lo he conseguío.

Lolita (Con vehemencia.) ¡Ay, si fuera verdá, chiquillo!

Jul. ¿Te alegrarías?

Lolita Con toa mi alma.

Jul. (Dispuesto a revelárselo todo.) ¡Lolilla!

Lolita Porque yo, como en el cuento del pastor, querría ser...

Jul. Reina...

Lolita Menos; mucho menos. Una cosa posible: una muchacha rica, muy elegante, dueña de muchos cortijos, de muchos coches, y entonces yo, sin reparar en que tú eras lo que eres, vendría a desirte: Julián, no me importa er mundo: como te quiero...

Jul. Che... che... Dispense usté, señora.

Lolita ¿Eh? ¿Cómo dispense usté?

Jul. Yo contestaría: dispense usté, señora; se guarda usté sus cortijos y sus dineros. Julián Ruiz, no se casa más que con una mujé

de su clase. Yo contigo, sí, de iguá a iguá, que te mire así, así, a lo alto se mira al ama no a la mujé de uno. Y en mi casa seré yo siempre el amo.

Lolita ¡Pero si así sería!

Jul. ¡Qué iba a ser! Eso der pastó y la prinsesa... Como cuento, güeno está, pero er cuento no cuenta que er pastó se murió de una indigestión de prinsesa. ¡Sé yo de eso mucho!

Lolita Pero si era yo, tu Lolilla.

Jul. A pesar de eso.

Lolita Pero, ¿tú me quiere?

Jul. Mucho.

Lolita Pues cierra los ojos, toma mi mano. Aquí me tienes; soy tu Lolilla.

Jul. Así te quiero yo.

Lolita Y sin soltarme, queriéndome como me quieres, yo me convierto en una señorita, noble, rica.

Jul. (Soltándola.) Ni con los ojos cerrados.

Lolita (Llorosa.) ¡Julián! Pero si yo te quiero. (Llora.)

Jul. Y yo más... Pero criatura, ¿vas a llorar? No parece sino que de verdá eres una señorita.

Lolita ¿Y si lo fuera? ¿Me dejarías llorar?

Jul. Tanto como dejarte llorar... no. Te daría un beso. . y me iría para siempre.

Lolita ¿Para siempre?

Jul. ¡Para siempre! Mira... ¡así! (Le da un beso.)

Gab. (Por la derecha.) ¡Lo que me fartaba que vé, que ya lo he visto!

Lolita ¡Tío!

Jul. ¡Iñó Gabriél!

Gab. ¡Lola! ¡Tú de un gañán!

Jul. ¡Iñó Gabriél!

Gab. Pero, ¿sabes tú quién es mi sobrina?

Jul. Su sobrina es... su sobrina. Y no creo que haiga farta en quererla.

Gab. Argo sabía yo y esperaba verlo por mis propios ojos. Ya llegó la hora. Cara a cara estamos los tres; que diga ella si ese cariño es cosa hasedera. Habla, tú.

Lolita Yo... creo que... ¡sí!

Jul. Gracias, Lola, muchas gracias.

Gab. Arto ahí. No hay de qué darlas. Ahora soy yo el que va a hablá clarito. ¿Sabes tú quién es el señó Gabrié? ¿Sabes tú quién

es Lola? Pues yo, el casero de «Los Pinares», soy...

Lolita (Arrojándose en sus brazos.) ¡No, por Dios, tío, eso no!... ¡Eso nunca! ¡Vete, Julián! ¡Tío, por caridad!

Jul. ¿Irme yo? ¿por qué?

Gab. Sí, hombre; porque lo manda ella, porque lo quiero yo; nada, que te vas, ¡vete!

Jul. ¡No me voy!

Gab. Pero, ¿es que no mando yo en este pañuelo de tierra?

Jul. Malos tiempos corren pa tanto arboroto, casero. Der campo soy y la gente der campo hoy no armite autoriá. Conque ya lo sabe usté. Si tiene usté influencia con su sobrina, gástesela usté toa pa que ella consienta, y entonces, me iré.

Gab. Pero, ¿es que yo no soy nadie?

Jul. Usté es un viejo chocho.

Gab. (Escapándosele.) ¡Sobrino!

Jul. ¡Der demonio!

Gab. Sobrina, quise desir; échalo o le digo quien soy.

Jul. ¡Despedío yo!

Gab. Despedío es mu fino. ¡Echao!

Jul. ¡Qué va a echarme! Si pué más su cariño que tó er poé der mundo. Sólo así me iría. Porque usté lo mandara, no. Porque, ¿qué se iba a conseguí? Cogé yo er jato, salí por ese camino, enterarse los compañeros de la injustisia y obligá por la fuersa a que me quée...

Lolita (¡Ah!)

Gab. Pero, ¿quieres callarte, niño?

Jul. ¡No quiero!

Gab. (A Lola.) Echalo.

Jul. Echame.

Lolita ¡Vete!

Jul. Dicho está. Güenas tardes. (Entra en el cuarto de los aperos.)

Gab. Voy con él, no sea que... Me parece que no me ha salido mal este papelito de comedia. ¡Lo que me faltaba! ¡Hacer papelitos de comedia! (Mutis tras Julián. Queda Lola sola llorando y para mayor comodidad, lo hace sentada al lado del pozo. Por la puerta de la gañanía sale la TIA SEMI-

LLITA, acompañada de todos los gañanes, vestidos con sus ropas domingueras. Obscurece poco a poco; se nubla el cielo.)

Sem. ¡Ar mitin!

Todos (Saliendo.) ¡Ar pueblo!

Sem. (Deteniéndose y deteniendo al grupo al ver a Lola.) ¡Uy, doña Coquetismo ar lao der poso. Y vaya una posturita.

Cas. (Reconcentradamente.) ¿Qué hará ahí?

Sem. Se estará jasiendo un retrato. (Se echa de pronto mano a la nariz y mira al cielo. Vuelve a echarse mano a la cara y vuelve a mirar al cielo.) Paese que llora.

Cas. Lo que paese es que llueve.

Gañán ¿Eh?

Cas. (Que se ha quitado el sombrero y ve que efectivamente es así.) Una gota.

Sem. Será un pájaro. ¿A ve si vas tú a creé también en milagros de curas.

(Sale JULIÁN con su hato al hombro, seguido de DON GABRIEL.)

Jul. Salud, amigos.

Cas. ¿Qué es eso?

Jul. ¡Me echan!

Gab. ¡Lo echo!

Sem. (En el colmo de su indignación.) ¡Mardit...! ¿Quién habla aquí de echá, sin consurtá ante con la masa? ¿Qué es eso de echá así por que sí? ¿Eh? ¡Echá! ¿Ha robao er compañero? ¿Ha matao? ¡Pues entonces!

Todos ¡Eso!

Sem. ¡Silensio tó er mundo! ¡Iñó Gabrié! Tós semos unos y pedimos que en vista de las rasones que se han expuesto, vuerva a armitirse a ese hombre. (Cascajo le quita el hato a Juliáu y se lo lleva a la gañania.)

Lolita (En un suspiro de satisfacción.) ¡Ah!

Gab. Pero...

Sem. (Trayendo de un brazo a Julián.) Aquí ar señó, se le da la mano.

Gab. Bien, pero...

Sem. (Enérgica.) ¡Se le da la mano!

Jul. Señores; se agradese la finesa y er compañerismo; pero la voluntá der casero se va a hasé por mi propio gusto. (Lola le mira asombrada.)

Gab. ¡Gracias a Dios!

Jul. Me voy. (Al Casero.) No se apure usté, mi amo. (A Lola) No se extrañe la mosita. Amigos, sabedlo. Hase un mé, se corrió por tó el contorno, que en este cortijo había una mosita chilindrera que se gosaba en divertirse de tós los probes gañanes. Probe yo como el más probe, vine aquí pa enseñarla a la mosita fantesiosa, lo que vale un hombre. Ya lo sabe ella. Ahora me voy tranquilo. Rarezas que tiene la gente. (Vuelve a entrar en la gañania.)

Sem. (Pensativa.) Está bien, hombre, está bien.

Gab. (A Lola.) Hay que irse, hija mía; ya comprenderás que aquí no podemos estar ni un momento más.

Lolita ¡Sí! Pero... ¡Antes tiene que saber ese, quién soy yo!

Gab. Pero, ¿tú quieres?...

Lolita ¡Un imposible, sí!... ¡Ojalá no fuera quien es, sino rey! ¡príncipe!... ¡qué sé yo!... porque... ¡le quiero! ¡Es la última locura de Lolita Tenorio!

(Se oye la música de la procesión lejanamente. Sale por la puerta del foro MARIA SUSPIROS y las demás Mujeres. Traen flores; vienen muy contentas.)

María ¡Por la cañá honda, viene ya! ¿Y tus flores, Lola?

Lolita Ahí dentro.

María (A Mujer 1.ª) Arsa tú por ellas. ¡Ay, pero qué hermosísima viene la Virgen, iñó Gabriél Con sus luses, con su manto nuevo. Y esta chispeando, porque a mí me han caído dos o tres gotas.

Sem. Lo que es esa; se sarpica al hablá y cree que llueve.

Avef. Ea; que sí, que chispea. (Pasando la mano por su sombrero.) ¡A vé qué es esto!

Sem. ¡Mugre!

Avef. ¡Agua y muy agua!

Una En cuanto han sacao a la Virgen.

Sem. (Más quemada que la luz.) Y si es agua... bien mirao, arguna vé tenía que llové.

Gab. ¡Dios mío, que llueva un ronzal para la tía Semillitas!

(Sale la MUJER 1.ª con las flores de Lola. Sale JULIÁN nuevamente de la gañania con su hato.)

Jul. Señores; lo dicho, dicho. Me voy. ¡Salú!

Lolita No tan pronto, mosito. Quiero yo también desir unas palabritas. No quiero que se vaya usté tan ilusionao. Ahora me toca a mi. ¿De modo que usté se cree que me deja a mí, ¡a mí! desconsolá y triste? ¿Pero usté sabe quién soy yo, so cateto? ¿Pero es que no ha visto usté el juego? ¿Pero, es que se cree usté que yo, (Casi llorando.) aunque lo quisiera, (Francamente llora y dice.) ¡que no lo quiero! (Enérgicamente, secándose las lágrimas.) ¡no! podría quererlo? ¡Pero si no hay por donde cogerlo a usté! ¡Pero si es que no hay! Pero si es usté el más feo de todos y el más ridículo y el más infeliz. ¡Eso! Infeliz que se ha creído... ¡Uy, qué asco! ¿Pero dónde tiene usté los ojos, hombre? Pero, ¿es que usté se cree que se va victorioso? Pues, hijo, por eso no se vaya usté. Todavía me queda un poco de caridad y lástima para usté. No quiero que se muera usté de hambre, pipiendo pan a la puerta de esos cortijos. ¿Se entera usté, so gañán? ¿Sabe usté ya con quién ha tratado? Pues sepa usté que tiene que agradecérselo al ama, ¡al ama!, porque yo no seré la reina de España, ni la princesa del pastor, pero me llamo Lola Tenorio. ¿Y usté quién es? (Julián saca una lujosísima cartera y de ella, con gran parsimonia, una flamante tarjeta que entrega a Lola, mientras dice.)

Jul. De sabios es el equivocarse. Se acepta ese pedazo de pan. Me quedo. (Lola lee la tarjeta y queda en una pieza.)

Lolita ¡Pero!...

Gab. Y ahora, ¿siempre?...

Lolita (Llorando.) Ahora y antes, ¡siempre!

(Aparece en la puerta del fondo el PADRE PAJARITO.)

P. Paj. Hermanos, ¿hay posada para la Virgen? Llueve y la pobrecita se está mojando.

Todos ¡Que entre! ¡Adentro!

Jul. (Suplicante.) ¡Lola!

(Aparecen dos monaguillos con incensarios y algunos hombres con faroles.)

Gab. Si van ustedes a darse un abrazo, aprovechen ahora, que voy a decir que enganchen.

Jul. Tío, ¿le daría a usté lo mismo que nos fuéramos a caballo? Me gustaría ver a mi prima montando a caballo... ¡así!

Lolita No. Ahora a ver a la Virgen. ¿Quieres?

Jul. Sí.

Gab. Ya puedes darle gracias por el milagro.

Jul. Verdad, en el campo chispea.

Gab. En el campo chispea, pero en un corazón, ha caído un aguacero.

P. Paj. ¡Paso a la Virgen!

(La música suena ya muy cerca, casi en la puerta. Las luces iluminan ya la entrada; las mujeres alfombran con flores el paso; algunas se ponen de rodillas; algún gañán también cae de hinojos.)

Mujer 1.ª ¡Virgen de la Luz, mi hombre que está en el hospital!

Mujer 2.ª ¡Virgen de la Luz, un hijo que tengo en la guerra!

María ¡Pan, Virgen de la Luz!

Mujer 3.ª ¡Madre mía!

Sem. (Rompiendo.) ¡Viva la Virgen del Carmen!

Avef. ¡Madre, si es la Virgen de la Luz!

Sem. ¡Yo no creo más que en la Virgen del Carmen! ¡Viva la Virgen del Carmen!

(Antes de que aparezca el paso de la Virgen y oyéndose fuertemente la música, cae el telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.
El contrabando, sainete. (Décima edición).
De balcón á balcón, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.
El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)
La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.
El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.
Una lectura, entremés en prosa.
Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.
El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.
A prima fija, entremés en prosa.
El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.
Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.
Mentir á tiempo, entremés en prosa.
El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
El fotógrafo, juguete cómico en un acto.
El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.
La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.
¡Por peteneras!, sainete lírico. Música dei maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)
La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.
La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.
El medio ambiente, comedia en dos actos.
Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)
Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
La nicotina, sainete en prosa.
Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.
El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.
López de Coria, juguete cómico en dos actos.
El bien público, sátira en dos actos.
El milagro del santo, entremés en prosa.
El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.
El Pajarito, comedia en dos actos.
El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.
Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.
Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos.
La niña de las planchas, entremés lírico.
Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.
Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.
El roble de «la Jarosa», comedia en tres actos.
La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto.
La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.
La Remolino, sainete en un acto.
Lolita Tenorio, comedia en dos actos.

Obras de Pedro Pérez Fernández

Al balcón, juguete cómico.
Lola, diálogo.
Tal para cual, juguete cómico.
La primera lección, monólogo.
Las Marimoñas, sainete en dos cuadros, con música de los maestros Fuentes y Foglietti.
Los Florete, juguete cómico.
El sino perro, entremés.
El D. Cecilio de hoy, revista sevillana.
Boceto al óleo, juguete cómico.
Flores cordiales, inocentada con música de los maestros López del Toro y Fuentes.
La victoria del cake, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
La penetración pacífica, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
A la lunita clara, entremés.
A la vera der queré, sainete en dos cuadros, con música del maestro Alvarez del Castillo.
El gordo en Sevilla, sainete.
Para pescar un novio... paso de comedia.
El alma del querer, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Vives y Barrera.
La fuerza de un querer, comedia en un acto.
¡Por peteneras!, sainete en un solo cuadro, con música del maestro Calleja.
La casta Susana, opereta en tres actos, adaptación y refundición española.

La canción húngara, opereta en un acto. Música del maestro Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto.

Me dijiste que era fea... comedia-sainete en tres actos (uno, prólogo.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.

Lolita Tenorio, comedia en dos actos.

Del alma de Sevilla. (Primera colección de novelas cortas y cuentos andaluces.) Prólogo de Rodríguez Marín, de la Real Academia. Epílogo de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.—(Edición Garnier, hermanos, París; un tomo 8.º rústica, 3 ptas.)